

"El aguante en el cuerpo".

**Construcción de identidad de los hinchas de un club
de fútbol argentino**



Maestrando: Prof. Daniel Zambaglione

Director: José Garriga Zucal

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN

El aguante corporalizado	Pág. 3
Estado del arte	Pág. 7
Relatos con pasión futbolera	Pág. 9
El Lobo	Pág. 11
Metodología	Pág. 17

CAPÍTULO I: LA “22”

Sobre las identidades: ¿qué es una hinchada?	Pág. 19
La hinchada y otros espectadores	Pág. 22
<i>A. Los espectadores comunes</i>	Pág. 23
<i>B. Los fanáticos</i>	Pág. 25
<i>C. Los duros pero nómadas</i>	Pág. 27
<i>D. La Guardia Vieja</i>	Pág. 28
<i>E. La banda o el “núcleo” duro</i>	Pág. 29
La <i>banda</i> y sus relaciones con la otredad	Pág. 30
Entonces: ¿qué es el aguante?	Pág. 32

CAPÍTULO II: El aguante en el cuerpo

Cuerpos sociales	Pág. 35
Cuerpos con <i>aguante</i>	Pág. 37
<i>Los duros</i>	Pág. 40
<i>Los duros emblemáticos</i>	Pág. 47
<i>Los del palo</i>	Pág. 51

CAPÍTULO III: El aguante hecho carne: tatuajes, cicatrices y palabras

El cuerpo y sus marcas como señal de identidad	Pág. 53
<i>A. Cicatrices</i>	Pág. 53
<i>B. El Cuerpo marquesina</i>	Pág. 56
<i>C. Las palabras o la obediencia debida</i>	Pág. 61

CAPÍTULO IV: Construyendo masculinidad

Señales masculinas y corporales	Pág. 66
Pelearse: un cuerpo masculino	Pág. 70

CONCLUSIONES	Pág. 73
--------------	---------

BIBLIOGRAFÍA	Pág. 77
--------------	---------

Agradecimientos

Fueron muchos los amigos y colegas que ayudaron en esta tesis, mencionar a todos sería casi imposible, pero valga el reconocimiento a su apoyo en nombre de este pequeño pero significativo grupo de amigos y familiares:

En primer lugar, para Gaby, Cami y Juli; la hinchada que nunca abandono.

Luego, para Gerardo Fittipaldi y José Garriga Zucal, por su aguante indiscutido.

Por último, para mis queridos viejos, que me alientan desde el cielo

Introducción

1) El <i>aguante</i> corporalizado.....	Pág. 3
2) Estado del arte.....	Pág. 7
3) Relatos con pasión futbolera.....	Pág. 9
4) El Lobo.....	Pág. 11
5) Metodología.....	Pág. 17

El aguante corporalizado

El presente trabajo desarrolla un análisis exhaustivo de las construcciones identitarias de los miembros de una hinchada de fútbol, haciendo principal hincapié en el lugar del cuerpo en la construcción de esta identidad. La *hinchada* es el grupo de espectadores organizados llamados por la prensa como “barras bravas”. Preferimos en estas páginas usar los nombres que usan ellos mismos para denominarse como: “banda”, “hinchada” o “barra”. También, llamaremos hinchas a los miembros de este grupo para diferenciarlos del resto de los espectadores.

En la presente tesis sostenemos que la identidad es un proceso que se va construyendo, un proceso constante de modelado social, desterrando así toda idea esencialista al respecto, que entiende a la identidad como una continuidad invariable en el tiempo.

Mucho se habla y se escribe respecto del accionar de los caratulados o etiquetados por la prensa y por parte de la sociedad como “barras bravas” del fútbol argentino; término que estigmatiza hasta lograr la naturalización de conceptos. El presente trabajo pretende desarrollar un análisis profundo de las vidas de estas personas, intentando descifrar: ¿cómo construyen su identidad? Aquí el termino *construyen*, no es casual, sino que va a establecer un posicionamiento epistemológico con respecto a la constitución de la estructura identitaria.

La postura esencialista concibe a la formación de la identidad como un elemento estanco, estático. Desconoce, de esta manera, la historia propia del grupo, que va constantemente moldeando su propia identidad, tanto como su carácter plural, cambiante, constituido en los procesos de lucha por el reconocimiento social.

Esta construcción identitaria tiene su base material en el cuerpo y sus acciones. El cuerpo, se va transformando y adaptando constantemente para construir su corporeidad. Las experiencias que le proporciona el medio en que se desarrolla y la forma en que las percibe, adapta y acomoda, van creando nuevas estructuras de referencia. Es así como va construyendo su corporeidad, y ésta va modelando la identidad.

La identidad corporal de los hinchas se forma y conforma en las prácticas violentas, que denominan *aguante*. Éste es un sistema de honra y prestigio (Alabarces, 2004; Moreira, 2005; Garriga, 2005) que ubica en lo más alto de la jerarquía social a los más bravos y valientes, a aquellos que no temen enfrentarse con los rivales para probar su coraje. Ser admirado por su valentía, respetado por su capacidad de lucha, es uno de los objetivos de todos los participantes del grupo.

Pero estudiar el *aguante*, como bien simbólico de la *hinchada*, nos permite pensar características identitarias y corporales que superan, ampliamente, el contexto de las *hinchadas* de fútbol. “La cultura del “*aguante*” Alabarces, 2004; Garriga, 2007) ha desbordado el espacio del fútbol para incluirse en diferentes espacios de la sociedad. Desde la cumbia al rock, de la política a los patios de las escuelas, podemos vislumbrar la incidencia de “la cultura del *aguante*”.¹

En infinitas ocasiones, en los partidos de fútbol desarrollados en los patios de la escuela hemos escuchado cánticos que remiten a las lógicas de los encuentros futbolísticos. Sin duda, que la problemática deportiva, no sólo se limita al entrenamiento y los cambios fisiológicos de los deportistas, ni únicamente a los dirigentes del deporte; tampoco se encierra en las políticas deportivas; la sociedad está

¹ La “cultura del aguante” no es específica de los sectores populares. Ni todos los que participan de la hinchada son pobres y desempleados ni todos aquellos “olvidados” por el sistema que visitan los estadios se suman a la hinchada. De esta forma, a través de los datos de campo evitamos aumentar la “sospecha” que siempre recae sobre las clases populares como las violentas, producto de su “natural” incivilización. Segundo, se aprecia un escenario complejo donde no existe una relación directa entre pautas culturales y variables económicas. (Garriga 2006)

impregnada de deporte; los medios de comunicación se encargan en gran medida de que esto suceda. La escuela, el ámbito formal de la educación, también está presente en estas lógicas. Por eso, la mirada del investigador *docente* no es ajena y toma especial atención cuando el objeto de estudio trasciende el espacio único del estadio de fútbol y retoma sus prácticas en ambientes escolares en donde uno mismo está desempeñando sus prácticas profesionales.

En el primer capítulo, presentaremos a la *hinchada*, sus prácticas y representaciones. Mostrando a los sujetos y sus acciones, exhibiremos el mecanismo principal de asociación al grupo: *el aguante*. También, reconstruiremos como éste se conforma en un símbolo de prestigio y honor. En el segundo capítulo, analizaremos cómo la corporeidad, expresada en su dimensión violenta, posibilita identificar a estos actores con determinados espacios sociales, distinguiéndose de aquellos cuyos usos y prácticas los ubican en las antípodas del mapa social. Las formas legítimas de cuerpo de los hinchas, sustentados en prácticas y representaciones vinculadas con la práctica de lucha, se convierten en soporte de prácticas simbólicas de diferenciación social. Para continuar, en el tercer capítulo, trabajaremos la relación entre discursos y prácticas corporales, dando cuenta de la construcción de una relación identitaria. Cómo a través del lugar de las jefaturas de la *hinchada* en la construcción de un nosotros *corporal aguantador*, se puede establecer la relación identitaria. Principalmente, analizaremos cuál es el lugar de los tatuajes y cicatrices en la identificación entre cuerpo y *aguante*. Se desarrollará la interpretación y las representaciones que guardan la marcas corporales producto de los enfrentamientos físicos; la importancia que el colectivo social otorga a las inscripciones en la piel (tatuajes), según la historia que encierra tal inscripción. Cuando mencionamos representaciones, lo hacemos desde la perspectiva desarrollada por (Moscovici Serge 1979) en donde considera que la representación puede ser en sentido amplio, como un modo de organizar nuestro conocimiento de la realidad, que está construida socialmente. Este conocimiento se elabora a partir de nuestros propios códigos de interpretación, culturalmente marcados, y en este sentido constituye en sí un fenómeno social. Por último, el cuarto capítulo, indaga el modelo de género masculino de los hinchas vinculado con el *aguante* y al cuerpo. Definiremos las formas en que se

constituyen los valores masculinos de la *hinchada*, exhibiendo cómo para estos hinchas, pelear y afrontar con valentía y coraje una lucha corporal es símbolo de hombría. Mostraremos cómo este modelo genera principios de adscripción y de distinción.

Al reflexionar sobre la relación entre la identidad y el cuerpo, proponemos analizar el papel de identidades que pasan por prácticas y usos corporales y, cómo éstas se articulan con la práctica violenta. Reflexión que parte desde la mirada docente, pretendiendo enmarcar la tesis desde la lógica de la educación corporal.

Me propongo con la tesis, un análisis cualitativo con la pretensión de crear teoría, de modo que ésta contribuya al conocimiento, en algún aspecto de la vida, de un sector social denominado comúnmente como *barra brava* del fútbol argentino, para así romper con ciertas naturalizaciones sociales, que sesgan el verdadero conocimiento. No sé, a ciencia cierta, si lograré cambiar parte de las estructuras preconstruidas acerca del colectivo *hinchada* que se encuentran instaladas en la sociedad. Sólo sé que encuentro pasión y entusiasmo en desarrollar conocimientos científicos con el rigor que la tarea demande.

Estado del arte

El objeto de estudio: *hinchadas de fútbol* viene siendo analizado e interpretado por algunos investigadores, muchos de ellos antropólogos, sobre todo en los últimos veinte años. Autores como Alabarces (2000 y 2004), Garriga Zucal (2005 y 2006), Moreira (2005), Rodríguez (2003), Gil (2002), entre otros, y sin olvidar mencionar a los considerados fundadores en estos estudios sociales: Roberto Da Matta y Eduardo Archetti (1985, 1992, 1995), han venido desarrollando sistemáticamente investigaciones al respecto.

Los investigadores argentinos han centrado su mirada en el concepto de *aguante*. Los ensayos de Elbaum (1998) y Alabarces y otros (2000), aportan herramientas de análisis que posibilitan comprender algunos elementos del fenómeno de la violencia en el fútbol. En estos trabajos, la violencia en el fútbol es interpretada como un fenómeno social que tiene múltiples facetas y múltiples actores. Garriga (2005) realizó una investigación que tuvo como tesis los vínculos que existen entre una forma particular de práctica violenta, el concepto nativo de *aguante*, y la constitución de una identidad masculina. Moreira (2005) realizó una exhaustiva investigación etnográfica con integrantes de una *hinchada* exhibiendo sus modos de organización y las formas que asumían para el grupo las disputas de honor. Alabarces en *Crónicas del “aguante”* (2004) hace un minucioso recorrido por la complejidad de actores y escenarios que surgen en el mapa de la violencia en el fútbol argentino; remarcando el entramado cultural organizado, en torno de la concepción de *aguante*, como sustento legitimador de la práctica violenta. Hay un aporte significativo producido desde distintas miradas, la sociológica, la antropológica, la histórica, entre otras.

Cada una de estas miradas provenientes de distintos campos académicos, enfoca al objeto de estudio desde diferentes ángulos, por ejemplo: la política, la sociedad, la cultura, los medios de comunicación, los procesos de construcción de identidad. La tesis desarrollada, enmarcada en cuestiones de cuerpo y, a partir de éste, el proceso de construcción de identidad, pretende ser un aporte más al volumen teórico en existencia. Respecto al cuerpo, no podemos dejar de mencionar aquellos autores como

Le Breton (2002), Boltanski (1975), Bourdieu (1994) que mencionan que el cuerpo, comúnmente concebido como natural, es en realidad, una formación social que exhibe elementos de género, de clase, étnicos, etc. Los integrantes de la *hinchada* poseen, respecto del cuerpo, usos, representaciones y consumos característicos. Sus acciones corporales, sus representaciones y sus concepciones vinculadas con el cuerpo, no son naturales sino construidas. Boltanski (1975) afirma que el cuerpo es un signo de la posición social y que, tal vez, sea el más importante de estos signos, ya que su significado simbólico no es percibido por los actores. Acciones y conductas grupales expresan identidades colectivas. Por su parte Bourdieu (1994) sostiene que los grupos sociales practican usos y consumos diferenciados y diferenciadores del cuerpo, y que cada sector social posee una concepción corporal específica. Los usos, las prácticas y las representaciones del cuerpo delimitan la pertenencia social, identificando y distinguiendo a los iguales y a *los otros*.

Relatos con pasión futbolera

Desde que tenía 14 años sentí curiosidad por saber cómo son, cómo viven, cómo piensan y qué sienten esos simpatizantes de fútbol tan particulares, denominados, especialmente por la prensa, como “barras bravas”. Podría asegurar que esta inquietud me llevó a acercarme a los grupos que aquellos sujetos conformaban y a compartir con ellos algunas experiencias. Este acercamiento me involucró indirectamente en hechos que, desde una visión personal y para aquellos años de mi juventud, me resultaron realmente sorprendentes. Recuerdo momentos de extrema violencia, como enfrentamientos entre *barras*, incluso con armas de fuego. Nunca pertencí o sentí que perteneciera totalmente a estos grupos. Es más: no compartía entonces, ni comparto hoy, la posición de agredir a otra persona o usar la fuerza física en su contra, y mucho menos por vestir una camiseta de color diferente o tener un gusto futbolístico distinto. Sin embargo, debo aclarar que definirme en aquellas situaciones, me provocaba cierta dificultad. Mi actitud, como participante pasivo en el grupo, me ubicaba en una posición que se podría definir como ambigua. Estaba afuera y adentro al mismo tiempo; era parte y espectador privilegiado de los hechos, en una doble identidad que oscilaba entre cierto asentimiento y comprensión, y cierta culpa, que a veces llegaba al total rechazo. Me parecía a alguien que, sin saber exactamente adónde, se deja llevar por una fuerza de sujeción que de golpe lo pone frente a una situación inesperada y lo convierte en un cronista involuntario.

Lo extraño era que, en esa condición, yo no llamara la atención del grupo sino que más bien permanecía en una condición que podría calificar como latente. Esta posición ambigua me costaba noches de insomnio, acciones catárticas con amigos y sensaciones culposas pero inexplicablemente deseadas, al punto de que esperaba el próximo fin de semana para volver a la cancha y a otros espacios geográficos donde ocurrían estos hechos de violencia. Pues no sucedían únicamente en el estadio, sino que ocurrían (y aún hoy ocurren) en un entorno mayor, como por ejemplo, la estación de trenes. Éste, era un lugar elegido en muchísimas oportunidades como campo de batalla, o como zona franca para realizar robos. La estación de trenes era convertida en una zona liberada para las peleas internas en las que se dirimían liderazgos o se

construían identidades por diferencia con grupos antagónicos: siempre peleando, siempre enarbolando la bandera indeclinable del *aguante*. Recuerdo, que los hinchas se encontraban en un bar del que eran parroquianos, El *Costa Sur*, ubicado frente a la estación de trenes de la ciudad de La Plata, y allí se tramaban las que podríamos denominar *tácticas* de las luchas. Tácticas, que luego se implementarían en la propia ciudad, si el equipo jugaba de local, o en otras, si lo hacía como visitante. Nunca me animé a participar de estas reuniones: éstos son datos obtenidos por comentarios de terceros acerca de lo que sucedía en el famoso bar.

Una imagen que jamás se borrará de mi memoria, es la del día en que dos fracciones de la *hinchada*, divididas y en plena puja por la toma del poder, ya que el jefe había muerto, firmaron un pacto, una especie de alto el fuego, al menos hasta el regreso a la ciudad. El motivo de la tregua era simplemente la necesidad de unir fuerzas entre bandos antagónicos para enfrentar al rival de turno, que en ese caso era la denominada “12”, la “hinchada” de Boca Juniors. Sólo la necesidad de demostrar masculinidad, *aguante*, bravura, elementos indispensables de esta *identidad*, hizo posible ese pacto.

Con esta breve introspección creo haber señalado, al menos en parte, la raíz histórica personal que marca los motivos de la elección temática. Sin duda, existe una atracción particular por el enigma de la construcción de identidad de estos grupos, un deseo de conocer su accionar cotidiano y de saber cuáles son las representaciones sociales que les permiten construir su estructura identitaria.

El Lobo

El trabajo de investigación se realizó entre los hinchas de Gimnasia y Esgrima de La Plata. A lo largo de su centenaria vida, este club tuvo varios nombres. En su fundación, que data del 3 de junio de 1887 se denominó *Club de Gimnasia y Esgrima* justamente porque esas fueron las disciplinas que practicaban en esa época, actividades que eran de patrimonio exclusivo de las clases privilegiadas. La gimnasia y el esgrima eran ideales como para conformar a pleno el antiguo proverbio: “mens sana in corpore sano”; palabras que demostraban exactamente el ideal de cuerpo de las clases sociales altas de la época. Desde abril a diciembre de 1897 se llamó *Club de Esgrima*, por entonces única actividad que se practicaba. El 17 de diciembre de 1897 retorna la designación de *Club de Gimnasia y Esgrima*. Ya en época del gobierno peronista, esto es desde junio de 1952 al 30 de septiembre de 1955, año del golpe a dicho gobierno, la entidad toma el nombre de *Gimnasia y Esgrima de Eva Perón*, en homenaje a la esposa del Presidente de la Nación. Desde septiembre de 1955, queda designado como *Club de Gimnasia y Esgrima de La Plata* y, finalmente, a partir del 7 de agosto de 1964 y hasta nuestro tiempo pasa a llamarse como *Club de Gimnasia y Esgrima La Plata*.

A principios del nuevo siglo, el 1900, el club fue desarrollando otras prácticas, tales como el box, el tiro al blanco y la pelota de frontón; y con la inauguración de la plaza deportiva, en abril de 1901, comienza a desarrollarse la práctica del fútbol, que, en un primer momento se desarrollaba entre socios de la propia institución. En 1905, el club deja de jugar en carácter amistoso y se afilia a la Argentine Football Association., entonces las prácticas asumieron un carácter formal.

En el año 1905, a raíz de un problema edilicio,² los socios se dividen en dos grupos, y así se conforma el Club Estudiantes, el clásico rival.

El Club de Gimnasia y Esgrima La Plata salió campeón de la *Copa Estímulo* en 1929, época aún de fútbol amateur. Debió pasar mucho tiempo para que el equipo de primera división del club volviera a dar una vuelta olímpica.

² En ese año debieron abandonar la cancha de las calles 13 y 71, porque en ese lugar debía levantarse un instituto de enseñanza. Se suscitó, entonces, una división entre los asociados formando dos grupos: los que proponían la obtención de un nuevo campo deportivo y quienes entendían que debía volverse a la actividad exclusivamente social.

Precisamente, en el año 1993, en un torneo denominado Centenario, en homenaje a los 100 años de existencia de la AFA (Asociación del Fútbol Argentino), Gimnasia consigue una vuelta olímpica.

El equipo de Gimnasia y Esgrima La Plata nunca pudo salir primero en campeonatos ordinarios organizados por la AFA, razón por la cual es blanco de cargadas y humillaciones emitidas especialmente por su clásico rival. Estas cargadas y humillaciones son resignificadas por los hinchas de Gimnasia; afirman que es un orgullo pertenecer con fidelidad y fervor, a pesar de nunca haber obtenido un campeonato.

Según los tiempos, sus seguidores fueron apodados de diferentes formas: los triperos o los basureros. Sin embargo, el apodo más nombrado para el club y, por extensión para sus seguidores, es el de *Lobo*. Estos diferentes apodos generan un *nosotros* que los distinguen de los simpatizantes de los otros clubes, especialmente de los hinchas de Estudiantes de La Plata.

Primer Escudo del Club Gimnasia



Escudo Actual del Club Gimnasia y Esgrima La Plata



Imagen aérea de las Instalaciones
del club Gimnasia y Esgrima La Plata



Fachada del sector de ingreso para los socios
del Club Gimnasia y Esgrima La Plata





Dibujo que representa al tripero, uno de los apodos que lleva el Club, en alusión a los primeros jugadores y simpatizantes que provenían de la localidad de Berisso, donde se encontraba los diferentes frigoríficos, sitio donde trabajaban dichas personas.



Dibujo que representa al Lobo, otro de los apodos que lleva el Club, en alusión al Bosque, lugar donde se encuentra situado el estadio (El lobo del Bosque).

Metodología

En primer lugar, quiero indicar cuáles fueron las técnicas de recolección de datos correspondientes a la metodología de investigación cualitativa y en qué momentos las utilicé. Haciendo la aclaración de que las diferentes técnicas tuvieron momentos distintos en su utilización. En un primer momento, comencé con la observación no participante. La elección de esta técnica se encontró ligada a la estrategia para hacer contacto con mis sujetos de investigación, cuyas prácticas se desarrollaban en diferentes espacios físicos y en distintos momentos temporales.

Hipotéticamente, iba a ser dificultosa mi entrada al campo, es decir, mi inclusión y aceptación en la *hinchada*. Por ello, opté por la observación no participante, valiéndome de la distancia física que esta técnica permite y que se adecuaba perfectamente a mis fines.

Estas primeras observaciones posibilitaron una exploración, familiarización y conocimiento básico en cuanto al espacio óptimo para focalizar la atención sobre la observación; vale decir, para descubrir los sitios recurrentes en donde se desarrollaban prácticas consideradas de valor significativo para mi trabajo.

Estas primeras técnicas centradas en la observación abrieron inexorablemente el camino. Una forma cuidadosamente no intrusiva de ingresar al campo fue la clave, la llave que abrió el cofre; hasta entonces herméticamente cerrado. Y en cuyo interior encontraría un sinnúmero de prácticas de estos particulares grupos de sujetos, que intenté y aún, intento comprender.

Una vez familiarizado con el medio y con los sujetos de mi investigación, y sintiendo la necesidad de bucear aún más profundamente en esta realidad (puesto que en la *superficie* ya no encontraba nada nuevo), comencé a planear las nuevas estrategias que me permitieran contactarme con algún integrante de la *banda*. En particular, utilicé la entrevista en profundidad como segunda técnica en orden de aparición. Esta segunda técnica fue un complemento valiosísimo en la búsqueda de la comprensión y de los significados de los sujetos de investigación. He realizado un total de veinte entrevistas, después de las cuales consideré pertinente, la retirada del campo por haber llegado a la saturación teórica.

La tercera técnica utilizada fue la de las observaciones participantes. Haber logrado contacto y desarrollado un *rapport* con un informante clave o *portero*, me brindó la inmejorable oportunidad de acercarme y experimentar una interacción con una parte importante de la *banda*. El camino recorrido hasta lograr el primer contacto con quien sería luego mi informante clave, se dio lentamente; para ello, desarrollé la estrategia denominada bola de nieve: comenzar con un pequeño número de personas, ganar su confianza y a continuación, pedirles que me presenten a otros. Así, pude atravesar algunas de las muchas barreras que encontré en el camino.

Capítulo I

La "22"

Sobre las identidades: ¿qué es una hinchada?.....	Pág. 19
La hinchada y otros espectadores.....	Pág. 22
A. Los espectadores comunes.....	Pág. 23
B. Los fanáticos.....	Pág. 25
C. Los duros pero nómades.....	Pág. 27
D. La Guardia Vieja.....	Pág. 28
E. La banda o el "núcleo" duro.....	Pág. 29
La banda y sus relaciones con la otredad.....	Pág. 30
Entonces: ¿qué es el aguante?.....	Pág. 32

Sobre las identidades: ¿qué es una hinchada?

"(...) una sociedad no está constituida tan sólo por la masa de individuos que la componen, por el territorio que ocupan, por las cosas que utilizan, por los actos que realizan, sino, ante todo, por la idea que tienen de sí mismos."

(Durkheim, 1982)

Existen diferentes posiciones teóricas respecto de la identidad. Una síntesis de éstas podría afirmar que las posiciones enfrentadas más claras corresponden a esencialistas y constructivistas.

Algunos investigadores sostienen una postura de carácter esencialista; vale decir, que conciben a la formación de la identidad como un elemento estanco, estático. De esta manera, desconocen la historia propia del grupo, que va constantemente construyendo su propia identidad.

Los nuevos enfoques acerca de la identidad enfatizan su carácter plural, cambiante, constituido en los procesos de lucha por el reconocimiento social. Las identidades son construcciones simbólicas que involucran representaciones y clasificaciones referidas

a las relaciones sociales y las prácticas, donde, en tales relaciones y prácticas, se juegan la pertenencia y la posición relativa de personas y de grupos en su mundo.

El resultado sería una ampliación del concepto de identidad. Entendida ahora, como un proceso constituido sobre diferentes bases, la identidad respondería a condiciones socioeconómicas, políticas e históricas específicas. La orientación que han tomado los estudios sobre identidad en los últimos años es la de analizar procesos complejos con categorías más flexibles y que a veces no reniegan de su ambigüedad.

Entiendo de esta forma a la construcción de identidades sociales como las disputas simbólicas que realizan los diferentes sectores sociales para imponer sentidos, valores y fronteras respecto de *unos y otros*.

Entonces, la identidad cultural permite plantear un principio de diferenciación, y nos otorga reconocimiento, el que puede ser positivo y negativo; todo posee un sentimiento de identidad fruto de múltiples pertenencias a los diversos grupos en los cuales nos identificamos; nos reconocemos como hombres, mujeres; tenemos una identificación política; a las personas nos unen intereses comunes, proyectos, experiencias, valores; construimos un sentimiento de apego al propio grupo ya sea en función del idioma, herencia cultural, territorio. Todo ello genera personas únicas e irrepetibles, ya que la identidad radica en la existencia de la diferencia; yo no existo sin el otro. En este sentido dice Hobsbawm:

"Nosotros nos reconocemos como 'nosotros' porque somos diferentes de 'ellos'. Si no hubiera ningún 'ellos' de los que somos diferentes, no tendríamos que preguntarnos quiénes somos nosotros." (Hobsbawm, 1996)

El concepto de identidad debe ser concebido como una representación o construcción simbólica. Los grupos se diferencian por medio de una definición que *crea* tanto al grupo de pertenencia, el *nosotros*, como al grupo enfrentado, el *otro*, a partir de la imposición de una frontera, constituida por criterios flexibles; por lo que los grupos conformados también serán redefinidos permanentemente, según los intereses y la situación de interacción.

Los grupos de identidad, por lo general, no se basan en diferencias físicas, aunque a sus miembros les guste suponer que dichos grupos son construcciones naturales. La *negritud*, por ejemplo, no es una simple cuestión de pigmentación. Para que algunos se *construyan* como *negros*, es necesario que alguien que se ve a sí mismo como no negro, llame la atención sobre los límites de la negritud, y que al mismo tiempo comiencen a operar pautas orientadas a promover el sentido de pertenencia, proclamando las diferencias entre propios y ajenos, y disimulando las que existen entre los incluidos en el mismo grupo. (Briones, 1996)

La hinchada y otros espectadores

Los problemas de definición, al respecto de qué es una *hinchada* de fútbol y quiénes la conforman, obstaculizan sin duda la posibilidad de pensarla y de comprenderla en profundidad.

En este colectivo se suscitan innumerables prácticas identitarias que demarcan territorios hacia el interior de ese conjunto indefinido de actores sociales. Vale decir, que es necesario partir de las propias definiciones nativas para empezar a desandar el imbricado camino de identificación que existe dentro del colectivo global, del universo futbolero.

Podríamos situar a las personas que asisten a un estadio, dentro de un universo futbolístico o futbolero, donde no todos los actores que lo conforman, poseen las mismas características; no todos ven, sienten o actúan de la misma manera en este gran teatro social. Al respecto Eduardo Archetti dice:

“A través del fútbol no solo es posible encontrar un conjunto de símbolos que ayudan a pensar y categorizar relaciones sociales y a reproducirlas sino que también esto tiene consecuencias sobre la manera como los actores sienten, ven y perciben el mundo que los rodea”. (1985)

Alabarces (2004) presenta un esquema en donde señala tres actores sociales que conformarían el universo del fútbol. Estos tres actores son: espectadores comunes, hinchas militantes y por último, la hinchada, para evitar confusión utiliza el término barra-hinchada. Podríamos decir que no contempla a otros actores a los que están dentro del rectángulo de juego: jugadores, árbitros, técnicos, médicos etc., que por razones expresas se diferencian de los hinchas. El autor, define claramente a cada uno de estos colectivos, presentando un sinnúmero de características, y prácticas simbólicas que demarcan claramente el límite entre unos y otros. Aquí nuevamente aparece el componente identitario, la otredad, que separa, que marca territorio propio y ajeno.

Ahora bien, desde la perspectiva de esta investigación etnográfica, encuentro dos actores más que en el análisis propuesto por Alabarces (2004). Proponemos explicar la

estructura social del conjunto de espectadores a partir de esta taxonomía: primero, *espectadores comunes*; segundo, *hinchas fanáticos*; tercero, *hinchas duros, nómades*; cuarto, la denominada *guardia vieja*; y, por último, la *hinchada*. Explicaremos las diferencias entre estas grupalidades a partir de sus prácticas y representaciones corporales. Además, para dar cuenta de las formas de identificación y de diferenciación, mostraremos los espacios que cada uno de estos grupos ocupan en las gradas.

A. Los espectadores comunes

Las prácticas corporales de aquellos que llamamos *espectadores comunes* están vinculadas con las vicisitudes del juego deportivo al que asiste como observador. Este reacciona ante una situación especial pero siempre que devenga del juego en sí. Su corporeidad se expresa aplaudiendo, agitando sus brazos, abrazando a otro espectador, gesticulando, imitando a los jugadores o jugando pateando pelotas imaginarias. O sea, que tienen acciones corporales que se ajustan al acontecimiento deportivo.

Esta caracterización no puede dejar de mencionar algunas conductas violentas de este colectivo: lanzamiento de proyectiles hacia el juez de línea o hacia al referí. Pero siempre enlazado con el espectáculo futbolístico que observa. Por ejemplo: discusiones acaloradas que hasta producen escaramuzas por la opinión desmedida (insultos) dirigidas al técnico o algún jugador y con las que no siempre están de acuerdo.

En cuanto a su sitio, a su espacio, generalmente el espectador común, ocupa rutinariamente el mismo espacio en la tribuna, cuando Gimnasia juega de local. He escuchado innumerables veces la siguiente frase: “correte, nosotros venimos hace mil años al mismo lugar y temprano, vos recién llegaste y nunca te vimos por acá”. En esta expresión de un espectador común dirigida hacia un espectador no habitué, queda claramente expresada la existencia de un espacio propio: ganado y definido.

Este espacio, intenta distanciarse del espacio de los *otros*. Por ello, mencionan “vamos más allá que acá vienen los negro de mierda y no podes ver el partido tranquilo” o “Ahí no, que te tapan todo con las banderas”. El espacio es un factor

importante para identificarse, un lugar de distinción, que señala a los que van a los estadios a observar los partidos a diferencia de las *hinchadas* que según éstos no lo hacen. El espacio y sus prácticas corporales se definen por su condición de espectadores.

Los *espectadores comunes* poseen un espacio definido. Éste puede ser invadido por los *otros*. Ya que pueden colgar banderas y obligarlos a desplazarse. Sin embargo, los *espectadores comunes* nunca se atreverían a invadir el espacio de los *otros*. El riesgo de cruzar la frontera puede ser serio, las represalias físicas están en el horizonte de posibilidades. Pero, sobre todo, es imposible cruzar la frontera, ya que cambiarían su papel de espectadores. Y, además descenderían unos peldaños en su ubicación en la jerarquía social. Para los espectadores comunes: “esos son unos negros de mierda, ahí no voy” o “con esos villeros no tenemos nada que ver.”

Los *espectadores comunes* expresan claramente su distinción con los *otros*, con los *barras bravas* o *negros de mierda*, como los llaman despectivamente. Un espectador decía: “habría que encerrarlos a todos y que se maten entre sí”, mientras observaba cómo grupos antagónicos se tiraban piedras.

Estas palabras imponen etiquetas. Así se construye un “nosotros” y un “otros”. La construcción de la identidad no es un resultado de cualquier acto de nombramiento. Es un acto de nombramiento que designa una diferencia. La diferencia es siempre un proceso social, es una construcción discursiva, no es una característica natural, sino muchas veces es una característica naturalizada.

El espectador común también comparte representaciones del club y del ámbito del fútbol con estos *otros*. Participa de los insultos más variados, cantos que enuncian transgresiones legales, afirmaciones sexistas y xenofóbicas. Por ejemplo:

*“Dicen que estamos todos de la cabeza
pero al basurero no le interesa
tomamos vino puro en damajuana
y nos fumamos toda la marihuana “*

Compartido como señal identitaria con el club, el basurero, es cantado por el más moralista de los espectadores comunes, señalando consumos que en otros contextos son negados.

B. Los fanáticos

Los fanáticos son aquellos que poseen como marca registrada, la fidelidad a su club, a sus colores, se encargan de demostrarlo y fundamentalmente de decirlo: “no te vi el domingo pasado, sos un localista”. Designar a alguien como localista significa que ese otro no es fiel, que no pertenece y no merece pertenecer al sector hincha fanático. El honor de pertenecer se gana partido tras partido, soportando cualquier situación: lluvia, frío, calor, compromisos familiares, nacimientos de hijos propios y de familiares o amigos, en fin, nada se interpone al amor por los colores.

Un fanático haciendo alarde de su fidelidad decía: “mi mujer estaba que reventaba, ya nació el guacho, pero la llame a mi suegra y me rajé para la cancha, después fui al hospital a conocer a mi hijo”. Otro siguiendo la misma lógica, decía: “Yo la tengo clara primero esta Gimnasia, después la familia”.

Una de las diferencias con el colectivo *espectadores comunes* es el seguimiento incondicional; al espectador común no le avergüenza decir que no va de visitante, en cambio al hincha fanático lo descalifica.

*“Señores dejo todo
me voy a ver al lobo
porque los jugadores me van a demostrar
que salen a ganar
quieren salir campeón
que lo llevan adentro
como lo llevo yo”*

Espacialmente, este grupo está más próximo al centro de la tribuna. Elige un lugar donde pueda ver bien el partido y a su vez sentir las consignas referidas al cancionero,

cantar y saltar. Es más, en varias ocasiones son ellos, los fanáticos, quienes comienzan la arenga:

*“Pan y vino,
pan y vino
pan y vino
el que no grita Gimnasia
para que carajo vino “*

La elección del espacio es muy importante para este grupo. Ellos definen que van cerca de la *hinchada* porque allí se canta y se apoya al equipo. Un espectador nos decía: “ahí no voy más, son unos amargos de mierda, putean a todos y no cantan”. La amargura es una señal de la otredad, señal que debe ser rechazada. Además, se observa en este grupo marcas de fascinación para con la *hinchada*. Fascinación porque estos grupos son representados como los más fieles y fervorosos. Un espectador nos decía: “Vamos cerca de la banda, ahí esta rebueno”. No insultar a sus jugadores, alentar sin importar si ganan o pierde, es la clave de pertenencia. Por eso cantan:

*“Porque al lobo lo quiero
lo vengo a alentar
en las buenas
y en las malas
mucho más “*

Estos fanáticos ofrecen además del día mismo del encuentro futbolístico, muchas horas al club, generalmente se nuclean en filiales, organizan fiestas para juntar dinero y así solventar sus viajes de campaña futboleras. También, organizan actividades solidarias, solicitando por medio de la voz del estadio, alimentos o juguetes para ser entregados a instituciones. Las prácticas de este sector suelen ser de lo más variadas, pasando desde hacer una cena con el plantel profesional con el fin de homenajear a alguien, hasta llamar a donar sangre, todos con la camiseta del club, argumentado no sólo el hecho como un gesto social a imitar por el resto de la ciudadanía, sino con el

fin de que la sangre *tripera* se propague por doquier; así se encargaron de anunciarlo hinchas fanáticos de una filial, en un programa deportivo que va por cable y por un diario de la ciudad.

Este grado de organización y su participación activa en la vida del club es la particularidad que define a colectivo. Archetti, decía: “Los diferentes actores que participan, comunican a través de ciertas prácticas su visión del mundo y sus orientaciones valorativas (1985)”.³ Así quedan marcados, diferenciados claramente de los espectadores comunes.

C. Los duros pero nómades

Una de sus principales características de este colectivo es que está compuesto por adolescentes o jóvenes de entre 13 y 18 años que se definen por su inestabilidad. Van y vienen, se renuevan, no están siempre, no son seguidores fieles como los hinchas fanáticos. Aparecen en escena, siempre junto al núcleo duro en determinadas y contadas ocasiones. Por ejemplo, cuando el núcleo duro los requiere, porque otro núcleo duro adversario es más peligroso o es más numeroso, un pedido que hemos escuchado en muchas ocasiones en las tribunas dice: “*che, juntá a los guachos que el domingo vamos a la Boca*”.

También se los ve en partidos especiales como en algunas finales o en partidos de copas internacionales. Siempre son apadrinados por algún referente del núcleo duro que se encarga de mostrar al resto la presencia de su barrio, de *los barras* de su barrio y que responden incondicionalmente al llamado del referente.

Podemos decir que este grupo es instrumentalmente requerido para garantizar presencia numérica y *aguante* corporal. Es así que su identidad corporal se define en las peleas y luchas que analizaremos en los puntos posteriores.

Otra marca identitaria de este grupo son los robos. Utilizando la modalidad del arrebato, aprovechan para robar relojes o cadenas. Espectadores distraídos o algún hincha *fanático* es víctima de estos atracos, pero nunca roban a los miembros de la *guardia vieja* y, mucho menos, al núcleo duro.

³ A los espectadores que nosotros denominamos *fanáticos*, Archetti les asigno el nombre de *hinchas militantes*.

D. La guardia vieja

La *guardia vieja* antaño conformó parte de la *hinchada*, son los viejos líderes o sus allegados. Son espectadores que antes protagonizaban peleas y luchas varias que en función del tiempo y sus vicisitudes han perdido su lugar central en las tribunas. Muchos de los componentes de la guardia vieja afirman: “yo ya la hice, ahora que la hagan los pibes”, así dan cuenta de un retiro, de un cambio de estatus. Por eso ya no ocupan sus espacios centrales en las tribunas y se ubican cómodamente en platea.

La *guardia vieja* es admirada por su pasado, son hinchas que son reconocidos por haber participado de numerosas peleas. Sus cuerpos dan testimonio de estas gestas. Mapas corporales contorneados con innumerables cicatrices y prontuario policial se encargan de dar cuenta del *aguante* que los caracteriza como grupo digno de admiración por las nuevas generaciones de *barras*.

Esos sujetos comparten cierta posición de privilegio junto a los jefes del núcleo duro. Mantienen una buena relación con integrantes de la comisión directiva y aún, reciben ciertos favores, como entradas, puestos políticos, puestos laborales etc.

Este grupo se encuentra ante una aparente contradicción. Sostiene que ya no participan de las peleas, se conciben alejados del mundo violento, pero, en determinadas oportunidades son participes de enfrentamientos violentos. Ellos afirman ya no pertenecer al núcleo duro, y recuerdan sus tiempos desde un ideal románticos: “*Antes era todo más tranqui, nadie venía de caño, todo se hacía a mano limpia*”. Estos hinchas amparados simplemente en el respeto y el estatus ganado, se diferencian de los que ahora lideran la *hinchada*. Sin embargo, participan en peleas internas o externas, utilizan drogas ilegales, en los encuentros en estadios visitantes se sitúan cercanos al núcleo duro, etc.

Podríamos concluir, que la *guardia vieja* tiene algunas características de los hinchas fanáticos, en cuanto a su fidelidad, a su permanencia, a su espíritu de sacrificio

y también, tal vez por añoranza a los viejos tiempos, se mimetizan con el núcleo duro. Entran y salen de la lógica de ambas grupalidades.

Hasta aquí se han presentado los rasgos que permiten diferenciar a los grupos que integran del universo futbolero, referencias que servirán para comprender aún más las características y prácticas de la construcción identitaria que utilizan los integrantes del quinto grupo (la *banda*), colectivo central de este trabajo.

E. La "banda" o el núcleo duro

“La banda” es un grupo jerárquicamente organizado. Grupo que se caracteriza por las luchas físicas. Ascender en las posiciones de la jerarquía grupal requiere del reconocimiento como luchador. Los jefes tienen un gran poder sobre el resto de la *hinchada* en función de su prestigio como luchadores.

Los integrantes de *la banda* se ubican en la cabecera del estadio. Detrás del arco se colocan diversos tipos de banderas, pancartas y otros emblemas. El color de las tribunas está asociado al centro, al espacio de las *hinchadas*. Lo mismo sucede con los saltos y cánticos, ya que la *banda* se caracteriza por *alentar* durante buena parte del encuentro futbolístico.

Las banderas no sólo son usadas para identificar los colores del club, sino también, para asirse de ellos y así quedar sostenidos en los paraavalanchas. Los integrantes del núcleo duro se trepan a los paraavalanchas con la doble función de alentar y de quedar espacialmente por sobre el resto de los espectadores. Así mostrarse y diferenciarse.

Como otro lugar físico propio de grupo, nombraré el que queda debajo de las banderas (trapos). Allí, los integrantes de la *banda* se cobijan y se sustraen de una mirada indeseada, para armar un cigarrillo de marihuana o estimularse con cocaína. La propia sede del club es, en ocasiones, el lugar elegido por los integrantes del grupo para reunirse y planificar algún tipo de acción, que no necesariamente se desarrollará el día del partido. A veces, programan encuentros de carácter solidario con integrantes de otras *hinchadas*. Recuerdo, que en uno de estos encuentros se organizó una comisión de apoyo para ayudar a un integrante de la *banda* de Colón de Santa Fe que había perdido su casa a causa de un fuerte temporal. El domingo posterior a la citada

reunión, varios de los integrantes de la *banda* organizaron una colecta de ropa y alimentos como gesto solidario, con lo que sellaron una *amistad* entre ambas *hinchadas*.

La *banda* y sus relaciones con la otredad

En determinadas situaciones, como las etapas electorales en los clubes, los miembros de la *hinchada* son los encargados de colocar los carteles o pancartas en apoyo de alguna lista o partido. También, se encargan de generar cánticos a favor de un candidato o en contra de otro. Reparten y lucen todo tipo de objetos de propaganda política (vinchas, globos con inscripciones, banderitas, etc.). Utilizan, finalmente, distintos medios persuasivos para impedir la expresión política que sea diferente de la que ellos sostienen. Así se exhibe la relación con los dirigentes de los clubes.

También participan en actos políticos fuera del ámbito del fútbol. Dejando claro que el espacio geográfico de sus prácticas no se limite exclusivamente al estadio de fútbol propio o ajeno (cuando su equipo juega de visitante) sino, que frecuentan unidades básicas, plazas o cualquier sitio donde se desarrollen reuniones de cierto carácter político. Trazando un cierto paralelismo, podría señalar que las conductas de los miembros de las *hinchadas* son similares, tanto en la cancha como en las reuniones políticas. En ambos casos, cumplen el rol de *animadores*, y a simple vista, se nota, destacándose sobre el fondo de la cancha o local partidario, que su función es alentar, arengar, sostener el espectáculo o el discurso, con cánticos y ritmos de tamboriles.

Los miembros de las *hinchadas* poseen estrechas relaciones con el poder político de turno. Estos contactos son utilizados para varios fines, como conseguir un empleo (muchos trabajan de guardaespaldas de algunos funcionarios) u obtener asistencia legal. En este último caso, no se trata sólo de un pedido cuando son detenidos por infringir la ley del deporte, pues en ocasiones los hechos delictivos son ajenos a los propiamente deportivos. Un informante nos contaba: "caímos en Córdoba, todo porque un guarda nos quiso bajar del tren; casi lo mato al chabón; cuando paró el tren, la yuta nos estaba esperando. Menos mal que el juez X al toque nos hizo zafar".

A través de estas relaciones obtienen diferentes bienes materiales (dinero, ropa, objetos de valor, etc.). La fidelidad incondicional y el amor al club escamotean en los discursos, la dimensión material de la pertenencia a la *hinchada*.

"Los dirigentes cada jueves me daban tres o cuatro talonarios de entradas. Eso se transformaba en gaita. Ser barra brava dejaba rédito".

"Algunos jugadores hacen una vaquita para los muchachos"

Estas frases, pronunciadas por miembros de la *hinchada*, expresan la dimensión económica de la pertenencia.

Analizando lo expuesto, puede notarse que aparecen otros campos relacionados, que exceden el mero espectáculo deportivo. Aquí se cruzan campos como la política, lo corporal, la identidad y el sentido de pertenencia. Los sujetos que participan de la *hinchada* son complejas construcciones sociales, que exhiben un proceso complejo de construcción identitaria. Los discursos legitiman socialmente sus prácticas y de esta forma instauran un sistema de división y denominación, que provoca que estos sujetos sean lo que se designa.

Entonces: ¿qué es el aguante?

Los sujetos que pertenecen a la *hinchada* encuentran en este grupo una comunidad, una comunidad que se constituye, principalmente, en los valores del *aguante*. El sentimiento de pertenencia compartida, elemento unificador, es en el caso de las *hinchadas* la posesión compartida de una categoría: el *aguante*.

Las *bandas* compiten por distintos ítems: el aliento constante al equipo, el tamaño de las banderas, la originalidad de los cánticos, etc. Sin embargo, la competencia por el *aguante* es la principal de estas disputas (Alabarces, 2004; Garriga, 2005), contienda que remite al plano del enfrentamiento. Pararse y poner el pecho, son términos que remiten a la acción de lucha, al enfrentamiento. Entre los miembros de la *hinchada* no encontraremos ninguno que no afirme que *se la aguante*.

Y el *aguante* se prueba peleando. En las luchas, en las prácticas, se puede probar la posesión del *aguante* (Dodaro, 2005; Garriga, 2005). Los *hinchas* llaman a los enfrentamientos *combate*. Garriga (2005) menciona que se denominaba “combate” a las luchas corporales, enfrentamiento en donde la corporalidad tiene un rol protagónico. *Combate* se denomina a todo tipo de enfrentamiento corporal. La posesión del *aguante* se sustenta en experiencias y significaciones que se definen en los *combates* y que delimitan las fronteras de una comunidad de pertenencia masculina.

Los *barras* construyen elaboradas argumentaciones para demostrar que es la práctica la que testifica la posesión del *aguante* y no, su auto descripción discursiva. El *aguante* es algo que se posee, que se desea tener, pero que debe probarse. Sólo peleando se puede probar. Peleando contra parcialidades rivales, contra la policía, entre las facciones que conforman la *hinchada* y entre los mismos integrantes de una fracción, se dirime la posesión del *aguante*. Dado que la posesión de éste, es la clave de pertenencia al grupo, todos entran en estas disputas. Los *barras* desean que sus pares reconozcan su *aguante*.

Se instaura, entonces, una frontera entre los que se la aguantan y los que no aguantan, diferencia que remite al plano de la violencia. Entendiendo aquí, una diferencia entre los que disputan el *aguante* y los que no comparten esas formas de distinción; por ejemplo: los espectadores comunes y los fanáticos.

Tener *aguante* es símbolo honor y prestigio. Todos los grupos sociales definen al honor según parámetros contextuales y temporales. El honor toma aspectos distintos en relación con las formas de vida y el sistema intelectual de cada cultura, que permite expresar la aprobación y desaprobación de conductas y maneras de pensar (Moreira, 2005). El *aguante* es una forma de honor.

Serán honorables, según esta escala de valores, los que tienen *aguante*, los que se *la bancan*. Son honrados por ajustarse a las conductas ejemplares y, así, se ganan la recompensa moral del prestigio. El *aguante*, el *respeto* ganado a las piñas, son parámetros válidos para este grupo para definir el honor y la vergüenza. Moreira (2005) hizo hincapié en que las luchas de los hinchas, tanto las simbólicas como las prácticas, tenían una fuerte significación en la búsqueda del honor y en el movimiento habilidoso para escapar a la vergüenza y la humillación. La humillación pasa aquí por ser considerado fuera de los modelos ideales, ser concebidos como *cagones* o *putos*. Por esta razón, Moreira (2005a) señalaba:

“para ellos, ir al frente, plantarse, aguantar, son acciones que resaltan los aspectos positivos de los luchadores. Teniendo en cuenta el concepto de honra en el contexto de la ‘hinchada’, enfrentar con valor al enemigo, más allá del resultado, es un comportamiento meritorio para el reconocimiento social y la afirmación de la identidad como miembros indiscutidos de la hinchada.”

El *aguante* organiza un sistema de valores que funciona diferenciando distintos tipos de sujetos sociales. Este sistema de valores es un sistema inminentemente práctico que hace del cuerpo, el vehículo de la construcción de esa identidad.

La imagen nos muestra con suma elocuencia la hinchada del Club Gimnasia y Esgrima La Plata, conocida con el nombre:

LA "22"



Capítulo II

El aguante en el cuerpo

Cuerpos sociales.....	Pág. 35
Cuerpos con aguante.....	Pág. 37
<i>Los duros</i>	Pág. 40
<i>Los duros emblemáticos</i>	Pág. 47
<i>Los del palo</i>	Pág. 51

Cuerpos sociales

Cada grupo social tiene usos y consumos diferenciados y diferenciadores del cuerpo, produciendo así una concepción corporal específica (Bourdieu 1994). Así, se construye en el cuerpo parámetros que delimitan prácticas y representaciones como válidas. Esta corporalidad particular se conforma en un eficaz vehículo de definición de pertenencia social, identificando y distinguiendo a los iguales y a *los otros*. Acciones y conductas grupales expresan identidades colectivas a través de las cuales se forma un *nosotros* diferente a un *ellos*. Los cuerpos socialmente diferenciados permiten la identificación con un *nosotros* y la distinción respecto de otros cuerpos sociales.

Pero el significado simbólico del cuerpo -signo que marca la posición social- no es percibido por los actores (Boltanski 1975). Ya que el cuerpo es comúnmente concebido como natural. Según Ricardo Crisorio (1998): “el cuerpo se construye (...); es decir, no se nace con un cuerpo. Existe un organismo, qué duda cabe, como existe un sistema nervioso, quién lo dudaría, y huesos, músculos y articulaciones. Pero nada de eso es el cuerpo, el cuerpo no pertenece a lo real”. Y siguiendo los lineamientos del autor, también podemos decir que: “el cuerpo, entonces, como realidad construida, desdibuja sus contornos individuales para aparecer como un cuerpo literalmente social del cual cada cuerpo singular es un ejemplo particularmente construido en la confluencia de significados privados y sociales, familiares, culturales, sencillos y complejos, presentes y pasados, cuya historia comienza antes del nacimiento y se

prolonga incluso más allá de la muerte”. Entonces, el cuerpo es en realidad una formación social que exhibe elementos de género, de clase, étnicos, etc. El *aguante*, - identidad corporal-, articula varias de estas dimensiones, dando por resultado cuerpos aguantadores.

Cuerpos con aguante

Diez minutos antes de que termine el partido salimos por la puerta de socios. “Vos andate con algunos para la otra entrada”, decía uno de los capos, “yo los espero con el resto en la gruta del lago” (gruta el bosque de la ciudad de La Plata cercana al lago artificial). Así se iba armando la estrategia, la logística del *combate*, era la preparación de la emboscada, y así se hizo. Antes de terminar el partido, *la 22* había salido del estadio. Un grupo estaba esperando en la entrada de socios y otro en la gruta del bosque. Cuando la parcialidad de River comenzó a salir del estadio, aquellos que estaban ubicados cerca de la entrada, los empezaron a insultar y a correr lanzando piedras. Los simpatizantes de River, sorprendidos, sólo atinaron a correr, sin presentar *combate*, “sin plantarse“. El objetivo era llevarlos hacia la gruta donde entraría en acción el otro grupo. La emboscada estaba funcionando. A metros de la gruta, salió al *campo de batalla* el numeroso grupo que esperaba oculto. Entonces, se desató un feroz enfrentamiento. Golpes de puño, patadas, pedrazos, palazos. Cuerpos luchando y gritos eran la imagen que conformaba un escenario impresionante y espeluznante. Varios hinchas de River fueron retrocediendo en la encarnizada batalla corporal hasta el lago. Los de *la 22*, con el objeto de pelearse y demostrar su valentía, los seguían. Así, algunos enfrentamientos se dieron en el agua. Rápidamente, llegó la infantería y la caballería. Los miembros de *la 22* ahora peleaban cuerpo a cuerpo, con la policía.

Pelear y luchar, son prácticas corporales que trabajan efectivamente en la distinción de aquellos que se la aguantan. La manera de ser de los hinchas, es en estos contextos, definida en la lógica del *aguante*. Lógica que instituye una identidad centrada en el cuerpo. En tanto, corporalidades aguantadoras, la identificación recorre el camino del aprendizaje y de la exhibición. Exhibición que no sólo transita la vía del enfrentamiento. Ya que sin pelearse, sin “poner el pecho”, pueden los hinchas –en determinadas circunstancias- probar su *aguante*. Entendiendo, igualmente, que el uso del cuerpo aguantador es, en definitiva, el registro último de pertenencia, señal de la identidad.

Dice **H**, un miembro de la *hinchada*: “Si querés ser de la hinchada, tenés que poner el pecho, sino tomate el palo”. Poner el pecho, es una muestra del uso característico del cuerpo. En el *combate*, el *aguante* se hace cuerpo.

En la situación de lucha entre grupos antagónicos, es el cuerpo de los sujetos el arma de la contienda. Los hinchas, por intermedio de la lucha, *ponen el cuerpo* para probar su *aguante* y, por ende, ser identificados como hombres. La acción de “poner el cuerpo” en el enfrentamiento puede ser analizada desde los recurrentes discursos de las *hinchadas*. Los *barras* hacen referencia al enfrentamiento como una lucha cuerpo a cuerpo, “mano a mano” es la manera en que lo denominan. La lucha “mano a mano” es interpretada por los miembros de la *banda* como una acción de enfrentamiento en donde el cuerpo se transforma en el elemento que permite valorar las habilidades de los participantes-luchadores. Los integrantes de la *banda* afirman que en un *combate* se conoce cuál de los contrincantes posee más *aguante*. Esta afirmación está en relación con que en la situación de enfrentamiento, por medio de la lucha cuerpo a cuerpo, se conocerá quién de los contrincantes “tiene aguante”.

El cuerpo en los *combates* debe tener una postura determinada; si el luchador no va hacia “al frente”, si el luchador retrocede, se entiende que ha perdido la lucha. El sujeto que “corre” abandonando el campo de batalla, no posee el *aguante* porque no ha demostrado la posesión de habilidades corporales en la lucha “mano a mano”.

Los discursos que refieren a los *combates* están saturados de términos que denotan acciones corporales, sin incluir las palabras antes analizadas que refieren al triunfo o al fracaso en la lucha. “Correr” es perder la pelea, el que “corre” por ser perseguido, abandonando el campo de batalla, no ha podido a través de la lucha demostrar su *aguante*. Los términos antagónicos a la valoración negativa de “correr”, son: “pararse”, “ir al frente” o “ir para delante”. Estas expresiones remiten a acciones contrarias a ser corridos. La *hinchada* que “va al frente”, “para delante” o “se para” no es perseguida. En varias oportunidades, escuché a los hinchas utilizar como sinónimo *aguante* y *pararse*. El *aguante* genera las nociones nativas de los integrantes de la *hinchada*: *pararse* y *correr*. Estas surgen como términos contrapuestos que distinguen a los grupos según el conocimiento de las habilidades de lucha y resistencia.

El cuerpo es la herramienta de lucha en los *combates*.

Por esta concepción de extrema valoración de la lucha cuerpo a cuerpo, los hinchas deben conocer las técnicas del *aguante* corporal, ser hábil en la lucha y desarrollar tolerancia al dolor, si desean ser considerados como aguantadores. De esta manera, el

cuerpo se transforma en el elemento que posibilita manifestar el *aguante*, a partir de la práctica violenta en el ámbito del fútbol.

Los integrantes de la *hinchada* emplean su cuerpo como un arma; esta utilización distingue al grupo de otros sectores sociales. La *banda* usa el cuerpo en las acciones violentas que protagoniza, ostentando los atributos que forman su identidad.⁴

“Los duros”

En un partido entre Estudiantes y Gimnasia, el clásico de la ciudad de La Plata, jugado en cancha del primero, se produjeron serios incidentes entre la policía y *la 22*.

⁴ La corporalidad aguantadora es muchas veces asociada a los sectores populares. Sin embargo, el colectivo *hinchada* es un grupo heterogéneo, donde predominan los sectores más bajos de la sociedad pero acompañados por miembros de las clases medias.

Desde antes del partido, las provocaciones orales –cargadas sumamente ofensivas– hacían prever que algo estaba por suceder. Y, así paso, la *hinchada* de Gimnasia estaba intentando entrar a la cancha sin entrada, colándose, de *arrebato*, como dicen los integrantes del grupo. La policía intentaba frenar la invasión. Gases lacrimógenos y balas de goma intentaban repeler a *la 22*; éstos con piedras y con una valla de hierro usada como ariete rompieron la resistencia policial. Lograron cumplir su objetivo, ingresando al estadio sin las correspondientes entradas. El triunfo fue festejado por todos los espectadores, quienes exultantes cantaban loas de gloria. Pero cuando todo parecía tranquilizarse, uno de los jefes de la *banda*, apoyado por algunos subalternos, subieron un carrito de expendio de panchos a lo más alto de la tribuna y de ahí lo arrojaron a la calle justo sobre un patrullero. Con precisión dieron en el blanco elegido. Nuevamente, la gresca con la policía se desató. *La 22* se trenzó en un durísimo enfrentamiento con la infantería que arremetió con gases lacrimógenos y agua a alta presión.

La policía no “tiene aguante”, son “putos”, esta construcción se basa en el empleo de distinto tipo de armas por parte de las fuerzas del orden. A diferencia de los hinchas, la policía no utiliza solamente su cuerpo como herramienta de lucha, ya que están provistos de una innumerable cantidad de elementos utilizados para la lucha. En las situaciones en que se enfrentan la *hinchada* contra la policía, como sucedió en el episodio antes relatado, los *barras* utilizaron su cuerpo, sus brazos y piernas para confrontar contra las “fuerzas del orden”. En cambio, los policías estaban provistos de palos, gases lacrimógenos, armas de fuego. Además, la policía a través de su uniforme reglamentario y sus accesorios, protege su cuerpo en el enfrentamiento; los cascos, los escudos utilizados por la infantería y los uniformes que resguardan parte de su humanidad, permiten al policía enfrentarse contra el hincha sin temor a ser físicamente golpeado. Ante tanta protección que realiza la policía de su propio cuerpo, los hinchas se encuentran *desnudos*.

La imagen del enfrentamiento mostraba a un grupo altamente protegido, y a los hinchas con el torso literalmente desnudo, haciendo frente a esta maquinaria represiva. Por esta razón, las *fuerzas del orden*, son catalogadas por los hinchas como “putos”, en un enfrentamiento entre estos grupos. La *hinchada* “ofrenda el cuerpo” al utilizarlo

como herramienta de lucha. En cambio, la policía, protegida por sus uniformes reglamentarios, no arriesga su cuerpo en el enfrentamiento.

Todas estas prácticas de enfrentamiento hacen que uno pertenezca o no a la *banda*. Para los miembros de la *hinchada*, el cuerpo se caracteriza por su resistencia, por lo tanto, para ser considerado como miembro deben soportar el uso y abuso de aquellas sustancias que alteran los estados de ánimo. Aquellos hinchas que se emborrachan bebiendo unos pocos tragos, son considerados por sus compañeros, como “flojos” o “blanditos”. Éstos, se distinguen de aquellos sujetos cuya capacidad para beber grandes cantidades de bebidas alcohólicas les permite ser considerados como “duros”. La desmesurada utilización de drogas y bebidas alcohólicas produce un efecto en los hinchas, el no-hombre no tiene el cuerpo preparado para resistir, los hinchas burlan a sus compañeros que pierden la consciencia rápidamente. Un integrante de la *banda* nos decía, cómo era un día de partido: “paramos en el boliche de bigote, chupamos unos vinos y arrancamos relochos, descontrolados”. Descontrolados, es la marca efectiva de la pertenencia, que no se circunscribe sólo a los días de partido sino que se repite cotidianamente. Infinidad de cánticos expresan esta práctica:

*“yo soy de Gimnasia,
vago y atorrante,
me gustan los Rolling y los estimulantes,
porque tengo huevos,
voy a todos lados,
vamos a la cancha todos descontrolados “*

El uso de drogas y alcohol tiene que quedar bien claro.

*”Dicen que estamos todos de la cabeza,
pero al basurero no le interesa,*

*tomamos vino puro en damajuana
y nos fumamos toda la marihuana”*

Por otro lado, el dolor, resultado de los enfrentamientos, es oculto o disimulado. Los miembros de la *hinchada* exhiben su cuerpo como resistente a partir de la falta de manifestación del dolor. En una oportunidad el Negro José Luis, uno de los líderes más emblemáticos de *la 22*, se cayó desde un paraavalanchas dando su cabeza contra el suelo. La gravedad del golpe hizo pensar que podría haber muerto pero, por el contrario, el capo se paró, subió nuevamente al paraavalancha y, siguió arengando a sus compañeros y cantando, como si nada hubiese pasado.

A través de la resistencia del cuerpo se demuestra el *aguante*. Los miembros de la *banda*, al probar su resistencia y tolerancia al dolor manifiestan su *aguante*.

Hinchas intentando derribar una valla



Varios hinchas desafiando a la policía



**Hinchas combatiendo cuerpo a cuerpo
con el grupo de infantería de la Policía**

“El aguante en el Cuerpo”

Profesor Daniel Zambaglione 45

de la Provincia de Buenos Aires



Escenas de combate directo con los efectivos policiales



Los duros emblemáticos

Quizás reflejar la historia de vida de uno de los jefes de la *hinchada* permita comprender los significados sociales que este grupo tiene respecto a un cuerpo *aguantador*, a un cuerpo fuerte y vigoroso.

El Loco Fierro, así se lo conoce, fue y es un referente, diría un modelo de cuerpo que resume esas prácticas, representaciones y consumos que los integrantes de la *banda*, pasados y actuales, aspiran poseer. Un cuerpo fibroso, de músculos marcados, no *grosso* para usar una expresión popular en referencia al tamaño;⁵ sino más bien, un cuerpo marcado, delineado, de gran agilidad y fuerza que sus puños se han encargado de afirmar en varios enfrentamientos, muchos de ellos contra el enemigo número uno: la policía.

Este antihéroe supo construir en el imaginario del resto de la *hinchada* un modelo de identificación, por su forma de ser, por su carisma de líder. Dice T uno de los actuales jefes de la *banda*: “El Loco Fierro era como un padre para mí, de corazón blando con los débiles y de corazón duro con los que se hacían los guapos”. Otro entrevistado nos decía sobre las bondades del loco: “el Loco no era jefe, el jefe te manda a hacer y el mira... el Loco era líder, un líder te dice vamos a hacer esto y lo hace junto con vos”.

Sus subalternos o en expresiones nativas, *aquellos que caminaban con él*, sentían y aún lo demuestran a través de canciones, banderas y placas recordatorias una admiración extraordinaria. Sin duda esa admiración es producto de dos tipos de atributos. Por un lado, los de carácter físico: destreza, agilidad y fuerza. Y por otro lado, los más cercanos al mundo de los valores y los sentimientos, un hombre generoso, definido por un periodista radial, como un Robin Hood moderno.

En las entrevistas realizadas siempre se señaló que el Loco Fierro, poseía *aguante*. Uno de los entrevistados repitió: “un aguante espectacular”; diciendo que siempre en los *combates* iba al frente. Los sujetos que van al frente del grupo son los más respetados por el resto de los hinchas. La condición de que unos pocos sujetos sean los que forman la primera fila de la *hinchada*, *la línea de fuego*, no implica la falta de *aguante* del resto de los hinchas que los siguen. De esta forma, los hinchas que van atrás de estos sujetos también son poseedores del *aguante* por el sólo hecho de

⁵ Los integrantes de “la hinchada” poseen usos, representaciones y consumos que se distinguen de otros grupos sociales respecto al cuerpo (Garriga 2006).

participar en el *combate*, pero poseen un estatus diferente de los sujetos que ocupan las primeras posiciones. Estar al frente del grupo es de una gran importancia, ya que a través de los lugares de participación los sujetos poseen distinto estatus de *aguante*.

El mismísimo nombre de la *hinchada*, *la 22*, surge como reconocimiento al apodo del líder. Además, éste era un número cabalístico de Marcelo Amuchástegui -El Loco- que ensamblaba justo con su personalidad, así lo expresan algunos de sus amigos:

“El veintidós en la quiniela es el loco y Marcelo era un loco lindo, por eso a la banda, la llamamos la veintidós apodo que nace con Marcelo (Fierro) en vida y que aún hoy perdura como un especie de homenaje al eterno líder.”

Esta presencia se materializa con el entierro de las cenizas de ese cuerpo aguantador en la cancha del club, ceremonia fúnebre que despertó gran inquietud en el mundo futbolístico y político. Sólo cabe recordar que parte de la comisión directiva y hasta un juez federal, cercano al club, junto con algunos integrantes de la *barra del Loco Fierro* dijeron presente en el entierro acontecido en el estadio.

En la organización interna de la barra se abre un paréntesis después de la muerte de Marcelo, dice *H*:

“Con el loco, estábamos más organizados, durante los años ‘80, fue el grado de mayor esplendor que supimos tener, fuimos los únicos que por ejemplo llevamos al bandera grande a la Boca y que preparamos un ataque con bombas molotov, y todo capitaneado por Marcelo.”

Ahora otros cuerpos ocupan el lugar del emblemático líder, cuerpos aguantadores, cuerpos de machos, cuerpos grosos o más grosos que el de Marcelo Amuchástegui, pero que todavía no han logrado marcar la impronta que el antiguo líder tuvo.

Entre los de la Guardia Vieja, e incluso entre los menos radicalizados como, los espectadores comunes, se escuchan relatos que sentencian que ya no es lo mismo, que la *hinchada* perdió presencia. El Loco Fierro, el cuerpo aguantador, macho y bravo aún se presenta en cada partido en donde juega el equipo, su simbología es parte de la señal identitaria que conforma el colectivo.



**Marcelo “Loco Fierro” Amuchástegui, a su
izquierda “El negro” José Luis Torres**

Marcelo, el “Loco Fierro”

*El año pasado, un hincha trató de suicidarse detrás del arco de la cancha de Gimnasia en donde arrojaron sus cenizas. Su figura mítica es inmortalizada domingo a domingo por las banderas que lo recuerdan como si hubiese sido el 10 de un equipo campeón. Sin embargo el personaje fue el jefe de la barra brava gimnasta: el “Loco Fierro”. Ese difunto líder se llamaba **Marcelo Amuchástegui**. Como **Pablo Prado**, murió bajo las balas policiales. Aquel jueves de comienzo de los años ‘90 un grupo de policías rosarinos le tendió una emboscada que desembocó en un confuso enfrentamiento. “Le dispararon por la espalda”, aseguran aún hoy los triperos más fanáticos. “Fierro era un loco. Me acuerdo que enfrentó a la hinchada de Platense con un palo de escoba”, recuerdan aún hoy en las tribunas de la cancha del Bosque. También como Prado, Fierro estuvo involucrado en innumerables robos, tiros y enfrentamientos con barra bravas de otros clubes. En sus casi diez años de hegemonía al frente de la barra del equipo platense, Fierro estuvo detenido en varias oportunidades. Los hinchas creen que el enfrentamiento en el que finalmente es muerto por la Policía, tiene relación con una de sus detenciones. “La Policía rosarina se la había jurado, pero igual viajó para ver un partido contra Rosario Central. De ese viaje volvió muerto”, recuerda un viejo simpatizante tripero. Su cuerpo fue cremado en el cementerio local y sus cenizas distribuidas detrás del arco del Paseo del Bosque, donde domingo a domingo los gimnasistas gritan por su equipo, bajo la “batuta” del “Loco Fierro”. Dice la leyenda que en su velorio se formó una larga fila de fanáticos que lo despidieron con un beso en la frente. Ese día, la hinchada de Gimnasia estuvo acompañada por la barra brava de Estudiantes, que fuera de los estadios mantenía una relación de respeto con Fierro. Su muerte despertó las ambiciones de grupos antagónicos dentro de la barra gimnasta, al punto en que durante la copa Conmebol, en un partido que el equipo local jugaba contra O’Higgins, en 1991, hubo un enfrentamiento que terminó con varios heridos de bala. Aún hoy, 10 años después de su desaparición, no hay en la hinchada una figura que hiciera sombra sobre su figura.*

*Nota registrada en el diario
HOY de la ciudad de La Plata,
en el transcurso del año 1991*

“Los del palo”

*“Acá está la gloriosa hinchada del Basurero,
la que fue a todas partes cuando fuiste al descenso,
a pesar de los años, los momentos vividos,
siempre estaré a tu lado,
Basurero querido”*

“Los momentos vividos” que hace referencia la canción son las experiencias sociales que delimitan fronteras entre nosotros y *otros*. Estas fronteras se sustentan en prácticas particulares y distintivas, prácticas corporales. El enfrentamiento físico, la participación en *combates*, son las señales que delimitan esta identidad. Sin duda que estas prácticas del ser de la *banda* van denotando una particular forma de ser.

Tal vez, la pertenencia obedece a la necesidad de encontrarse protegido, contenido. Tal vez represente una estrategia de refugio, de marginalidad compartida. La frase de un hincha señala los sentidos de pertenencia al mismo tiempo que define las prácticas distintivas. Él decía: “nosotros antes del partido paramos en el boliche del gordo, tomamos unas cervecitas, nos colocamos, y arrancamos para la cancha”. En estas palabras puede interpretarse claramente que lo espacial contribuye a la identificación de un *nosotros*. La particular forma de entrar al estadio, con movimientos ensayados, con despliegue de estandartes, siempre procurando que los otros estén atentos a ese ejército que llega a tomar posición estratégica, que siempre respeta iguales espacios geográficos en la tribuna. La barra tiene sus espacios, en el barrio, en el club y en la tribuna. Espacios que les pertenecen y los definen.

Nadie inclusive aquellos que entran por primera vez a un estadio, pueden desentenderse que entre el público hay un grupo distinto a la generalidad y que ese grupo se encarga permanentemente de demostrar sus diferencias. Por ejemplo, cantan:

*“Todos nos llaman los negros de mierda
la policía nos persigue sin cesar
pero la gente que sabe y comprende
que a Gimnasia lo queremos de verdad “*

Se enuncian tres marcas identitaria: la negritud, la constante persecución policial y por último el amor incondicional a la divisa. Marcas apropiadas por la *banda* como señal de pertenencia. No todos los hinchas cantan esta canción; la platea no la canta, los espectadores comunes tampoco. Éste es un ejemplo de demarcación territorial simbólica dentro del mismo club. Diferencias hacia adentro somos todos del Lobo pero no somos todos iguales. Es notable el acento puesto en la incondicionalidad, en el *aguante* a la adversidad como señal que los distingue de otros espectadores que no son tan leales.

Estas canciones denotan distinción, muestran una otredad. Marcan y fundamentan, a través de la poética popular, que se pertenece a algo. Sin duda que los espacios propios, las jergas -códigos de lenguaje-, formas particulares de vestirse, definen la inclusión de un grupo de pares. Pero son las acciones corporales las que comunican, las que expresan algo más profundo que la simple práctica que se visualiza. Principalmente las acciones violentas dejan marcas que expresan que se es así, que se pertenece a un grupo con identidad propia. Un informante nos decía: “nosotros no combatimos con la gilada, con la gente que va con la familia o los chicos, nosotros vamos al frente contra la otra hinchada, no somos como los putos de Platense que se la agarran con los giles”. La participación en *combates* contra iguales define a “los del palo”, define a los que compiten por el *aguante*; competencia corporal.

Capítulo III

El aguante hecho carne: tatuajes, cicatrices y palabras

El cuerpo y sus marcas como señal de identidad.....	Pág. 53
A. Cicatrices.....	Pág. 53
B. El Cuerpo Marquesina.....	Pág. 56
C. Las palabras o la obediencia debida.....	Pág. 61

El cuerpo y sus marcas como señal de identidad

El cuerpo no es una realidad en sí misma es una construcción simbólica y sobre esta construcción los hinchas realizan numerosas operaciones para que se defina una idea de pertenencia. Aquí analizaremos tres dimensiones: las cicatrices, los tatuajes y la palabra.

A. Cicatrices

Dice Bourdieu: “Las marcas en el cuerpos son signos que recuerdan el lugar que ocupan los sujetos dentro de un orden social(1993)”. Las cicatrices y marcas que posee el cuerpo como resultado de los enfrentamientos físicos hablan el lenguaje del *aguante*. Como decíamos, la participación en *combates* es la señal del *aguante*, señal que puede probarse a través de las marcas que han dejado en el cuerpo esos eventos.

Míguez (2002) señala que en el colectivo “joven delincuente”,⁶ el endurecimiento, el mostrarse como duros y no blandos, atributo destinado a las mujeres, es el resultado de ciertas experiencias corporales vinculadas con la pertenencia social. En el seno de la *banda*, esta referencia de Míguez parece encastrar a la perfección.

Los recuerdos de los *combates* son testimoniados por los hinchas a través de la palabra y corroborado por las cicatrices. Son señales que permiten confirmar la participación del orador en las peleas otorgando veracidad al relato (Alabarces 2004).

⁶ Míguez trabajó con delincuentes que estaban detenidos.

Las cicatrices deben exponerse, mostrarse. Míguez (2002) menciona que la desinhibida exhibición de tatuajes y cicatrices es un rasgo característico de los “jóvenes delincuentes”. Entre los integrantes de la *hinchada* funciona de la misma manera. Los *barras* cuando recuerdan las peleas en las que han participado muestran sus cicatrices o hablan de ellas.

Las marcas en el cuerpo posibilitan probar la participación en gestas heroicas, a manera de un registro del pasado; pero también, como decía Bourdieu (1993), son signos que recuerdan el lugar que ocupan los sujetos dentro de un orden social. Aquellos hinchas que detentan las marcas en el cuerpo no sólo prueban su participación, sino que, por intermedio de estos signos, se identifican como aguantadores.

Con el mismo sentido son mostradas las marcas de los enfrentamientos cuando éstos acaban de suceder. Bourdieu sostiene que “todos los grupos sociales confían al cuerpo, tratado como una memoria, sus depósitos más preciados” (1993: 120). Para los hinchas, el cuerpo testimonia su participación en antiguos *combates*, y las marcas en el cuerpo son pruebas del *aguante* y su persistencia en la memoria.

Una tarde sentado cerca de la *hinchada*, se aproxima **P** y sin más que un movimiento se quita la remera ante mis ojos, inmóvil sólo espera que haga un comentario. Ante mi falta de reacción, **P** dice: “mirá profe -así me llaman- tengo una bolsa colgando de la panza...si, ahora cago por la bolsita”. Termina la frase en una estruendosa carcajada. Estupefacto le pregunté qué le había pasado, gesticulando y moviendo el cuerpo me dijo:

“Estuve internado, me la dieron, me cortaron como churrasco de croto. Un logi (gil) quiso combatir y dale que va.... el puto pelo faca y yo a mano limpia, pero no arrugue. Ahora me dejó esto.”

La cicatriz es para **P** una especie de diploma, o un documento que muestra con cierto orgullo; puesto que acredita la presencia genuina del *aguante* y esto lo transporta rápido y sin escalas al núcleo del grupo que comprueba la veracidad de ese documento corporal. Su identidad está confirmada y su cicatriz así lo demuestra, es uno más de la *banda*.

También **R** da su testimonio y se afana por mostrar su DNI epidérmico:

“Esta marca me la hizo un rati (policía), el bigote (sinónimo de policía) puto del orto, me sacudió con la pajera (escopeta) y me la dio cerca del ojo.”

Para **R** esa cicatriz fue el ladrillo más importante de su trabajada construcción identitaria. Puesto que el nivel de representación de dicha marca es superlativo, no sólo lleva el documento corporal bien visible, sino que la causa, el origen es merecedor del mayor grado de respeto hacia el adentro de la *banda* y hacia el afuera del mismo club (hinchas comunes) que saben y reconocen a **R** como el del balazo.

Si duda que estas marcas en el cuerpo, sacadas de contexto o situándolas en otros sectores de la sociedad poseen otro significado, no son dignas de mostrar, se tapan y si es posible se borran con cirugías. Pero en este caso y en este marco social, son inscripciones de valoración extrema para sus portadores, son mapas cutáneos que señalan con exactitud una posición, un lugar, un sitio representan cierto estatus grupal, dan cuenta de su bravura, de su compromiso con la causa; en fin, cimientan la construcción constante y permanente de su identidad. Tanto **R** como **P**, y tantos otros, con sus cuerpos marcados logran señalar la pertenencia, sus cuerpos dan cuenta de la membresía.

Las cicatrices y otras heridas que demuestren participación en la pelea son consideradas prueba del *aguante* del que las ostenta, ya que las marcas del *combate* demuestran la participación de los simpatizantes en riñas honorables según los códigos grupales (Ver Alabarces 2004-69, Garriga 2005 y Alabarces-Garriga 2006).

B. El cuerpo marquesina

Al igual que las cicatrices, otras marcas corporales, en particular los tatuajes funcionan señalando un cuerpo aguantador. Los tatuajes, también denominados

escraches en la jerga carcelaria y entre los muchachos de la *banda*, tiene un sentido social que permite reconocer una amplitud de significados sumamente variados.

No es la intención realizar una genealogía del tatuaje, pero vale a forma de aclaración mencionar algunos de sus características para abordar el tema específico de los *escraches*, como íconos de identidad o mejor dicho de formación de identidad.

La gran mayoría de los *escraches* son del tipo caseros; sólo unos pocos tienen tatuajes que denotan una elaboración más refinada. Ellos lo llaman *tumberos* en alusión a su procedencia carcelaria. Éstos no se caracterizan por una exquisita estética, ni por armoniosas combinaciones cromáticas; todos son azules y con trazos propios del pulso humano alejados de la exactitud de la máquina, de la profilaxis, de la reglamentación. Esta forma de inscripción también señala un mundo de pertenencia. Para el imaginario colectivo esta forma de tatuarse determina, reconoce y clasifica a las personas que lo llevan en su carne de por vida.

Silvia Reisfeld escribe la historia de los tatuajes marcando sus diferencias en cuanto al significado social otorgado. Señala “su origen se pierde en la noche de los tiempos y, aun cuando empezara siendo solo un adorno, su empleo se enhebra profundamente con las creencias, los modos de organización social y las costumbres de los pueblos” (Reisfeld 2004).

Cuando le pregunto a *M* un integrante de la *banda*, acerca de su tatuaje, él me responde:

“Me lo hice yo, con unas agujas y tinta china, lo hice porque el oreja (otro componente de la banda) era mi amigo, el guacho era bien polenta, ahora está muerto y así lo recuerdo, es en su memoria, como un homenaje.”

En este caso el *escrache* no posee otro significado que el de querer ser y mostrarse como amigo de un hincha, que no fue un hincha como podríamos decir, común o uno más, sino que fue un reconocido integrante de la *hinchada*. Mostrarse amigo denota identidad. Una identidad construida con sudor corporal simbólico y práctico, amistad forjada en innumerables peleas, que señala, entonces, una idea de pertenencia a un colectivo. Dice eufórico: “Yo soy hincha del Lobo hasta la muerte igual que el oreja”.

Tatuarse remite al placer de exhibir una señal de pertenencia que tiene como objeto la búsqueda de reconocimiento. Como sostiene Silvia Reisfeld:

“El tatuaje implica una alteración en la piel y un cambio en la exterioridad del sujeto, aspectos que inciden no solo en una modificación de la vivencia subjetiva de la imagen corporal, sino también en efectos que repercuten en la propia identidad” (2004).

M vive en un conventillo o casa tipo chorizo muy humilde, vive con su madre, duermen en la misma habitación. Comparten un ambiente pobre rodeados de carencia. El tatuaje con el nombre de su amigo que lleva en el antebrazo, permite pertenecer y a su vez diferenciarse. **M** tiene otros tatuajes, todos ellos relacionados, según dice “con el club de sus amores”. Su piel habla. **M** dice: “ahí con los guachos me siento bien, todos me quieren y me reconocen”. Esa pertenencia está inscripta en la piel y los tatuajes funcionan como señal de ingreso a ese mundo.

En la primera fotografía se puede leer: “Lobo, la 22”. Si bien el nombre hace referencia a todos los hinchas de Gimnasia, los trazos del tatuaje demuestran que no cualquiera porta tal distintivo. Como afirma Silvia Reisfeld (2004) el tatuaje supone poseer una marca registrada, consolidación de su identidad y su reincorporación al grupo de los tatuados.



La segunda foto muestra que si bien hay un predominio en los integrantes del núcleo duro en poseer tatuajes con estética y técnica carcelaria, se pueden encontrar

tatuajes de tecnología más sofisticada, pero siempre con dibujos que señalan pertenencia a un grupo o en este caso al club del cual se es hincha.



El cuerpo es un signo de la posición social. Este colectivo social se diferencia a través de usos corporales. Las marcas, las cicatrices no se esconden. Por el contrario, las cirugías plásticas o los tatuajes artesanales, hechos a maquina y multicolores, empleados para enmascarar la fealdad de la marca mal habida, no aparecen en escena; a ningún condecorado, se le ocurriría esconder sus medallas. El esconder, disimular o borrar estéticamente las cicatrices, no son prácticas posibles, dentro del imaginario de este colectivo social.

Distintos tatuajes corporales

en hombro y pierna.





c. Las palabras o la obediencia debida

Además de estas marcas iconográficas, la palabra, la voz, las indicaciones verbales, en fin, las prácticas discursivas, también aparecen en escena y toman

relevancia. Pero estas palabras no pueden ser escindidas de la corporalidad, de la gestualidad con que se dicen.

La palabra, el discurso, marca, crea, ilustra y determina un cuerpo que *aguanta*, en franca oposición al cuerpo que corre, al cuerpo no deseado dentro del grupo; cuerpo débil y feminizado. Por ello, tomaremos las órdenes de los líderes para entender la relación entre palabra y el cuerpo.

El obedecer una orden o mejor aún, cumplir con éxito lo ordenado, deja una marca, una señal de pertenencia, tan importante como el tatuaje o la cicatriz. Entonces dejamos así por sentado que desde la perspectiva de este análisis tanto el tatuaje, las cicatrices y la palabra, entran en un mismo plano, todos tienen un mismo eje vertebrador, *la marca corporal*.

La orden, esa práctica discursiva del *poronga* –líder de la barra- y de sus lugartenientes no se discute, se cumple. Debemos entender que el discurso no se puede entender fuera de las relaciones que lo hacen posible y por práctica no se entiende la actividad de un sujeto, sino la existencia de reglas y condiciones materiales en las que el sujeto elabora el discurso.

Este acto de disciplina significa un crédito a favor del que cumple la orden, puesto que así irá afirmando su grado de pertenencia, seguirá construyendo identidad, será uno más o tal vez uno especial dentro del grupo. Según el *aguante* demostrado en la misión otorgada, hasta podrá graduarse como lugarteniente.

Esta práctica casi sumisa de aceptación a la orden del jefe, construye identidad en dos sentidos. Por un lado, solidifica la pertenencia y aceptación. Por el otro, el ejercicio de mandar, señal clara, simbólica y tangible de ejercer el poder obtenido por el o los jefes de la *banda*, refuerzan la identidad y lugar de poder que éstos poseen.

Ellos, los jerarcas, los capos, también gestionan permanentemente su permanencia, son conscientes de que si no están alertas, pueden ser sorprendidos por un “golpe de estado“. Entonces se crea una especie de simbiosis entre el demandante y el demandado, todos sacan provecho en esta práctica: el que manda a hacer y el que hace lo indicado son raíces del mismo árbol. La palabra toma relevancia sustancial en la construcción de la identidad colectiva e individual; el *poronga* que manda, refuerza práctica y simbólicamente su poderío, su estatus. Los que obedecen, no lo hacen desde

una posición de siervos, no es una actitud de debilidad, es una práctica altamente valorada por el grupo; obviamente siempre hacemos referencias a prácticas dentro de la lógica del *aguante*. En cambio si la orden verbal indicara acciones al margen del *aguante*, como podrían ser prácticas interpretadas como propias de mujeres, o peor aún, acciones pertenecientes al mundo homosexual, éste subordinado, perdería respeto y prestigio. Sería considerado como el *gato* o el *mulo* del jefe y de sus lugartenientes.⁷

Distintos relatos de algunos integrantes de la *hinchada* atestiguan y confirman lo dicho:

“hay que ponerle el pecho, sino fuiste “.

“siempre a la salida de la cancha o a veces adentro del estadio, salimos a chorear para x (jefe de la barra) después nos da algo.”

Podemos observar que la orden es de un superior y que se debe cumplir y punto. Al entrevistar a este hincha y señalarle si era consiente que corría riesgo de caer preso, éste respondió: “no importa, si vos querés ser de la banda y que te banquen, tenés que poner el pecho”. En este caso la obediencia trasciende el sólo hecho de cumplir una orden por ser subordinado, aquí se ponen en juego otras cuestiones, tales como la pertenencia y la permanencia al grupo. “*Es obvio, si no cumplís sos expulsado*” en ciertas ocasiones la expulsión es violenta. La impresión es que el riesgo de caer preso e inclusive poner en riesgo la vida, tiene menor valor que ser despojado de algo realmente indispensable, me refiero al pertenecer, al participar, al ser miembro del grupo.

Pi un integrante de la barra da testimonio de esta lealtad a los líderes, dice:

“yo nunca combatí, hasta ahora, pero si tengo que combatir, le pongo el pecho... si te lo piden, hay que hacerlo, sino fuiste, te tenés que ir o te van.”

Puede apreciarse el afán de cumplir con la misión por más riesgosa que sea, es más fuerte la necesidad de demostrar lealtad, coraje, *aguante*, que la real posibilidad de ser apresado por la policía o inclusive de morir. Y este *aguante* es corporal; nótese que los hinchas en reiteradas oportunidades, hacen mención a “poner el pecho”. Las

⁷ Gato es un insulto que remite al igual que mulo a la condición servil de un sujeto. Ambos insultos se definen por una situación de dominación.

palabras remiten a un cuerpo aguantador. Además la forma en que son dichas estas frases pone al cuerpo en primera plana, con sus gestos y sus movimientos para demostrar *aguante*.

En cierta forma el hecho de caer preso por corporizar el *aguante*, esto es por enfrentarse con alguna barra contraria o con la policía misma poniendo el cuerpo, la carne, la piel en juego, poseen un valor agregado, algunas canciones que canta la *banda* se refieren a estas prácticas:

*“Muchas veces fui preso
y muchas veces llore por vos
yo al Lobo lo quiero
lo llevo adentro del corazón”*

Tal vez este relato que a continuación se expone pueda dar cuenta de que la obediencia forma parte en la construcción de identidad de los integrantes de la *banda*. La sola presencia del jefe, basta para saber cuándo, cómo y dónde se deben ubicar los muchachos, es decir, qué espacio se ocupa, de qué forma se hace y en qué momento. En estas ocasiones, muchas veces no hay ordenes verbales las señas son suficientemente claras para saber qué hacer.

Había finalizado el partido, ya en la calle el jefe de la barra daba precisas indicaciones de los pasos a seguir, era el trazado de un plan de *combate*, de una verdadera estrategia de comando, se planeaba una emboscada. Él decía:

“che, ustedes van por esta calle, nosotros por la otra, ustedes distraen a la yuta, tiren piedras, nosotros seguimos a estos putos (banda contraria) los corremos hasta que se pierdan, hay que llevarlos hasta la diagonal y ahí los matamos.”

Estaba todo listo, empezó el plan. Todos obedecían, nadie claudicaba. El hecho más significativo, que reafirma la obediencia debida, fue cuando de golpe uno de la *hinchada* comenzó a disparar con un arma de fuego. Ante el estruendo de los disparos todos se detuvieron. Inmediatamente se escuchó la voz de mando: “no sean cagones, sigan corriendo que sólo tiran a los pies. Aguante Gimnasia”. Casi como si las palabras obraran de escudos o chalecos anti bala, los muchachos de la *banda* se incorporaron y confiando en las órdenes de su superior, continuaron con la persecución. No importaba

ser impactado y caer herido; prevalecía en el grupo la imperiosa necesidad de seguir, fuera cual fuere el resultado final.

Otra vez el *aguante* corporizado. Otra vez el cuerpo expuesto a la agresión, a la herida y sobre todo a la mirada atenta del jefe que entregara medallas al héroe. Condecoraciones ganadas por su comportamiento en el *combate*, medallas que afirman y confirman un pertenecer, una marca más que solidifica la identidad. Ésta se va construyendo constantemente en cada práctica corporal, en cada gesto de obediencia, en cada actitud que denote respeto a los líderes.

Pero las prácticas corporales del *aguante* y el cumplimiento de la orden no siempre suponen enfrentamientos, hay distintas actividades a cumplir. En un viaje en tren rumbo a una cancha visitante, en el último vagón de la formación, un grupo de hinchas habían formado una ronda y, en el centro de la misma, una mujer mantenía sexo oral con los integrantes de la *hinchada*. Al ritmo de bombos y redoblantes el jefe señalaba a quién le correspondía el siguiente turno y cánticos: realizaba, indicando quién debía tener relaciones con dicha mujer. La prueba de hombría, al igual que la pelea, era supervisada por la atenta mirada del líder.

El poder siempre presente. La orden siempre a flor de piel y por consiguiente, la obediencia permanente, único camino para permanecer, para pertenecer, para ser parte del *nosotros*. Este *nosotros* tiene un alto grado de aceptación y argumentaciones que sustentan el liderazgo.

En síntesis, estamos en presencia de un cuerpo que habla, que expresa, que comunica y de esta forma, construye identidad. Un cuerpo que habla el lenguaje del *aguante* y los subordinados que quieren hacerse fuertes en este campo. Sus mensajes identitarios se dejan develar a través de marcas, cicatrices y también de palabras.

Capítulo IV

Construyendo masculinidad

Señales masculinas y corporales..... Pág. 66

Pelearse: un cuerpo masculino.....Pág. 70

Archetti (1985) sostenía que el fútbol argentino es un espacio estrictamente masculino. Archetti (1985) aseveró que el escenario del fútbol es un campo fértil para las discusiones por la hombría, señalando que:

“...lo que se juega es la condición de macho, la virilidad y la conservación de ese espacio que distingue a los ‘verdaderos hombres’ de los otros, de ‘los hombres disfrazados de hombres’, de los homosexuales.” (1985, 9)

El fútbol es un espacio donde los hombres dirimen su hombría señalando diferentes tipos de *hombres*, pero no sólo a través del juego sino también en las gradas.

Señales masculinas y corporales

Los términos ligados al *combate* como -“pararse”, “ir al frente”, “para adelante”- refieren a la actitud corporal en la lucha. Actitud masculina. Ya que es en esta actividad donde los hombres prueban ser “verdaderos”, a través de la participación en luchas corporales. Para los *barras* el *aguante* remite a una acción de lucha corporal, es un *combate* cuerpo a cuerpo contra un igual, donde el “verdadero hombre” debe poseer una postura y acción corporal que lo identifique como buen luchador, el perdedor “corre” por el campo de batalla huyendo del enfrentamiento a golpes de puño.

Bourdieu (2000) muestra cómo la identidad social de género en Cabilia (Argelia) otorga al hombre la parte delantera del cuerpo: la cara, la frente, los ojos, los órganos sexuales; manifestando que la división sexual de las legítimas utilidades del cuerpo establece para el hombre los usos públicos y activos de la parte superior, masculina, del cuerpo, lo que lleva a monopolizar para el hombre las actividades de enfrentarse, enfrentar, dar la cara y tomar la palabra públicamente. De una manera bastante similar, los miembros de la *hinchada* exhiben al “verdadero hombre” como aquel capacitado para afrontar al rival, “ir al frente”. En cambio, el “puto”, aquel que no cumple con las condiciones sociales que permiten ser considerado como un “verdadero hombre”, ante el “macho” se ve obligado a “correr”, ofrendando la parte trasera de su cuerpo, la que según Bourdieu (2000) está vinculada a las características femeninas.

La masculinidad y el *aguante* se relacionan a través de los “huevos”. Éstos son los atributos masculinos por excelencia. Aquí debemos mencionar que la valentía, el coraje, el arrojo, la bravura, el valor y la intrepidez son los caracteres que definen a “los hombres” y que estos caracteres deben probarse en una lucha corporal contra adversarios. Según los términos nativos los atributos masculinos hacen a la hombría. Y ésta se prueba en enfrentamientos corporales. La relación entre la masculinidad, sus atributos y la bravura en la lucha vincula al *aguante* con el universo masculino.

Los “huevos” son expresión de brío y temeridad en el enfrentamiento físico.⁸ La carencia de “huevos” es sinónimo de carencia de “aguante”. Los “huevos” son el atributo que define a los que tienen *aguante*, los que no tienen “huevos” son cobardes,

⁸ En esta canción se vislumbra que la falta de *aguante* es propia de “los vigilantes”.

“cagones”. Los rivales, al no poseer “huevos”, son “cagones”. Sin “huevos” no hay *aguante*.

La cobardía enunciada en forma de miedo, en su manifestación del otro como “cagón”, tiene distintas dimensiones; todas ellas relacionadas con la falta de *aguante*. Es así que la cobardía explica el temor de los rivales al enfrentamiento físico y, como mostrábamos en el párrafo anterior, por miedo, falta de *aguante* y de “huevos” corren escapando del enfrentamiento físico o sacan las armas de fuego cuando se ven superados en la lucha.

Los verdaderos y los no verdaderos, se posicionan en la dicotomía: macho/puto. También aquí surgen contradicciones muy marcadas, puesto a que la idea de masculinidad, de macho dominante, expresada por el acto de penetrar, siempre está dirigida no al género femenino, sino muy por lo contrario, al mismo género. Por eso cantan:

"Lavate el culo
que te vamos a coger"

"Mira sacale una foto
se van para la casa
con el culo roto"

Asimismo, el “puto” como otredad del *aguante* distingue de aquellos grupos o sujetos que, según sus propios parámetros sociales, no encajan en su modelo ideal de masculinidad. Hace más de veinte años Archetti describía el lugar del otro homosexual en la dicotomía simbólica de los espectadores; él afirmaba:

“(…) ser hombre pasa por una práctica en la que para serlo debemos convertir a los otros en ‘no-hombres’, en anomalías del género y esto a partir de prácticas humillantes” (1985, 11).

Aquellos que biológicamente comparten sus características sexuales pero que no poseen la misma identidad masculina, ya que sus representaciones son distintas, no son incluidos dentro de la categoría de “macho”, considerándolos como “putos”.

Señalar como “puto” al que no tiene *aguante* no remite a su sexualidad sino a su comportamiento social según los parámetros grupales. Ser “puto” no tiene que ver con la homosexualidad sino con el poder, con la dominación. Los *barras* expresan esta distinción, entre acto homosexual y gesto de poder, en dos planos distintos, en las prácticas y en los discursos. Por eso cantan:

*“ya tenemos una cama
ya tenemos un colchón
la poronga bien parada
pa´ cogernos al león”⁹*

Ser hombre pasa por no ser femenino, no ser homosexual, no ser dócil ni sumiso. Aún más, puede ser homosexual pero en la relación debe tener el papel activo, ser el dominador. Por eso cantan:

*Lavate el culo
pincha lavate el culo
lavate el culo
que te vamos a coger “*

Aquí se puede interpretar claramente que el sentido en la palabra “puto” y su significado es muy diferente a la que cualquier persona ajena a este grupo tiene. En las palabras de **J**, encontramos otro significado a cerca de ser homosexual y su relación con la *hinchada*. El dice: “El Negro es puto, todos lo sabemos, pero el tiene aguante, nunca corrió, el siempre va al frente, con fierros, con cadenas o con las manos limpias, siempre aguantó”. **J** se esmera en diferenciar una actitud, más bien diría un estilo de vida privada, en este caso una condición sexual, de una actitud, la

⁹ Poronga se denomina al miembro sexual masculino.

única actitud que salvaguarda la permanencia de los *barras* en la *hinchada* que es el aguantar.

En una entrevista **H** comenta: “En la banda, una vez agarro la manija A... que vos sabes que es puto, pero el chabón se la banca, pega como una mula, nunca corre, siempre va al frente“. Ante la pregunta casi prejuiciosa que ponía en evidencia mi condición de ajeno a la *banda*, de cómo un “puto” puede ser de la barra y más aún jefe de la misma. **H** me respondió: “mira... él con su culo hace lo que quiere, pero acá, cuando hay que poner el pecho, es el primero, el loco va al frente, nunca corre”. Se concluye que el “puto” no es el que sexualmente corresponde a prácticas homosexuales, sino que “puto” es el que corre, el que no tiene *aguante*.

No interesa qué hace uno con su vida privada, cómo se relaciona, cómo ama, cómo vive con los otros, lo que importa es no correr -ser corrido. Demostrar a los otros y al interior del grupo su masculinidad y esto sólo es posible aguantando.

Pelearse: un cuerpo masculino

Para los *barras* la posesión del *aguante* es real sólo cuando una práctica de lucha lo testifique (Alabarces 2004). Los cánticos, los relatos y otras afirmaciones masculinas en el plano discursivo deben testimoniarse en prácticas. *A las piñas*, a los tiros o a los piedrazos son las formas que tienen los *hinchas* de manifestar su *aguante*. Aquellos que hacen gala de una corporalidad amenazante -gestos y modales intimidantes- pero que nunca han sido parte de un *combate* son considerados por sus compañeros como falsos, son “chamuyeros” (Alabarces 2004; Garriga 2005a; Dodaro 2005).

La diferencia creada entre discurso y práctica tiene como sentido reafirmar el valor legítimo de la práctica. *No es hombre el que dice serlo sino el que lo ha probado*. Los *combates* son, en última instancia, la herramienta legítima de identificación con lo masculino. Por eso cantan:

"Le pegamos a River
le pegamos a Boca
le pegamos a Estudiantes
porque tenemos aguante"

La masculinidad *aguantadora* es parte de un estilo. Estilo que define un *nosotros* y un *ellos*, a través de prácticas y representaciones distintivas. El *nosotros* engloba a todos los que hacen de la violencia un índice de masculinidad y los distingue de los *otros*, que son los que no definen a la violencia como marca masculina. Hemos mostrado cómo representaciones corporales, cicatrices y ciertas formas de exhibición de estas corporalidades posibilitan la asociación de los *hinchas* con el *aguante*. No obstante, no podemos disociar estos modelos de la práctica del enfrentamiento físico. El modelo se sustenta en las experiencias corporales de la lucha.

Ante ciertos rivales y en ciertos contextos puede ser suficiente con una dosis de exhibición del cuerpo, con la exposición de una herida. Sin embargo, la prueba definitiva del *aguante*, la que muestra la posesión de este bien simbólico es, en última instancia, un enfrentamiento físico.

Y aquí lo físico nos remite nuevamente al cuerpo pero no ya como modelo o testimonio sino al cuerpo combativo entregado a la ferocidad de la lucha. “Pararse” y “poner el pecho” son muestras cabales del lugar relevante del cuerpo en la construcción de la identidad aguantadora. A través del cuerpo se disputa el *aguante*. Por eso, las peleas a golpes de puño se llaman “mano a mano”, al rival vencido se lo “corre” sacándolo del campo de batalla y se “pone el pecho” ante la embestida rival. Es el cuerpo el escenario donde el *aguante* se actúa. Para los *barras* sólo la participación en enfrentamientos corporales otorga el estatus de *aguantador*. Por eso mismo, Alabarces indica: “pero ese ‘aguante’ tiene un límite, que es el enfrentamiento: allí, los huevos dejan de ser simbólicos, metonimia de la masculinidad, para transformarse en masculinidad lisa y llana” (Alabarces 2004, 67). En este caso, la relación de la corporalidad con la masculinidad refiere al paso de lo simbólico a lo fáctico.

Para los integrantes de la *hinchada* es en los enfrentamientos, en las luchas corporales donde se demuestra la distinción entre los que se la *aguantan* y los que no. Las características físicas que vinculan masculinidad, cuerpo y “aguante”, ya sean los “huevos”, los cuerpos “grosos” o las cicatrices, deben superar el plano del discurso - siempre concebido como falso, irreal- para hacerse prácticas. Cuerpo y masculinidad se vinculan, nuevamente, para privilegiar la práctica violenta sobre los discursos. Los que no saben pelear, los que huyen de las mismas son los “putos”, los no-hombres que no se la “aguantan”. Igual que en el capítulo anterior la participación en enfrentamientos es la señal final de pertenencia al mundo del *aguante*. Las pertenencias solidificadas en aspectos discursivos son válidas sólo cuando acompañan a la práctica de enfrentamiento; si no son concebidas como falsas y simuladas - “chamuyo”.

Muchas canciones refieren al *aguante* y su contraposición con los que chamuyan:

“Boca no chamuyes más
Boca no chamuyes más
esperame a la salida
para ver qué hinchada
se la aguanta más.”

La acción de aguantar es el pasaporte directo para pertenecer a la *banda* y este *aguante* hay que corporizarlo, por eso el sentido o valor agregado que poseen las cicatrices, ya descritas en el capítulo anterior, es sumamente relevante. El *aguante* se obtiene combatiendo, soportando, casi siempre hay una cuota de sufrimiento corporal y cuanto más sufrimiento y cuanto mayor riesgo se corra el *aguante* va solidificando la pertenencia al grupo.

CONCLUSIONES

*A lo largo del presente trabajo he intentado señalar y presentar diferentes prácticas que desarrolla el colectivo social “hinchada”, focalizándome específicamente en el sector de la misma que defino como núcleo duro, hinchas duros nómades y la Guardia Vieja, tres sub-grupos que conforman la “banda”. Dichas prácticas fueron seleccionadas utilizando un eje temático: **la identidad**. Para ser más preciso, la selección, análisis y posterior interpretación y comprensión de dichas prácticas, (producto de un arduo trabajo de campo etnográfico) se llevó a cabo teniendo como horizonte teórico a las acciones que estos sujetos realizan en escenarios y tiempo determinados. Analizando cómo a través de dichas acciones van construyendo su identidad; identidad concebida justamente como construcción social negando la concepción esencialista; que conciben a la formación de la identidad como un elemento estanco, estático. De esta manera, desconocen la historia propia del grupo, que va constantemente construyendo su propia identidad.*

En estas prácticas constituyentes de identidad, el cuerpo es el actor principal. Un cuerpo que se afana por aparecer en escena de manera material y simbólica. Prácticas materiales como el “combate” y prácticas simbólicas como la palabra dan cuenta de la construcción identitaria. En relación directa a prácticas materiales, puede observarse en los diferentes capítulos, como es utilizado el cuerpo como manifestación. Y al referirnos a manifestación estamos hablando no sólo de movimientos orgánicos y reflejos, sino de algo más complejo como son las emociones, pensamientos y los sentimientos. Esto constituye un lenguaje corporal y por lo tanto una forma de ser, una existencia y expresión que se presenta a través de su corporeidad. Esta corporeidad, esta forma de ser, de existir y de expresarse es lo que va a ir construyendo la identidad del grupo. Distintas son las prácticas materiales que quedan expresadas en la tesis: enfrentamientos contra otras “hinchadas”, “combates” para dirimir liderazgos internos, usos de drogas ilegales, etc.

A estas prácticas de carácter material, debemos sumarles las simbólicas. Prácticas que según Bourdieu son necesarias para que los individuos legitimen y justifiquen su existencia. La ausencia de dichas justificaciones llevaría a los sujetos a

la pérdida de su identidad social. Algunas de estas prácticas son por ejemplo, los rituales que desarrollan los pertenecientes a la “banda de Fierro”: ¿cómo y cuándo viajar a otras canchas? ¿qué hacer antes de entrar a la cancha? ¿cómo mostrar y demostrarse ante la mirada examinadora de los otros? Prácticas que quedan desarrolladas e interpretadas en el capítulo dos.

Siempre tomando como eje el análisis identitario podemos observar cómo se hace presente en el capítulo tres, referido a las órdenes de los líderes, cómo se manifiesta un dominio simbólico, ejercido por quien posee el capital simbólico. En este caso los jefes son quienes determinan qué, cómo y cuándo desempeñar determinadas prácticas. Aquí los componentes de la “banda”, los subordinados, por el afán de pertenecer, de justificar su identidad social al grupo en cuestión, cumplen con la tarea asignada sabiendo que de no hacerlo quedarán excluidos del grupo.

En la tesis también se intentó desarrollar un análisis de lo discursivo, teniendo en cuenta que dicho análisis no sólo debe referirse a los códigos en la lengua, sino en las relaciones interpersonales que se producen, y que implica aquello que acompaña a lo que se dice. El lenguaje es sin duda un elemento indispensable para la construcción de identidad, Diferentes maneras de expresión dan cuenta de un entramado social particular, que posee códigos propios que los determina particularmente distintos a la otredad. Hay expresiones que son compartidas por todos los espectadores; a modo de ejemplo señalamos que los cánticos de aliento al equipo, los distintos improperios dirigidos al juez o hacia algún jugador contrario e inclusive a las otras “hinchadas” son expresiones del lenguaje que no parecen poseer exclusividad a ningún sector en particular; pero no todas las expresiones orales son compartidas, hay otras que sí son propias de los sectores más identificados a la “banda”. Diferencias que no son notorias respecto de otras “hinchadas”, puesto que hemos encontrado, mediante triangulaciones, similitudes en estos lenguajes.

Aquí las diferencias más importantes quizás estén reflejadas en las prácticas corporales. Cuerpos parlantes que gritan a viva voz su pertenencia grupal. Especialmente en los “combates”, en donde el cuerpo se muestra a través de amagues, contorciones, movimientos de brazos, saltos, etc. También pueden encontrarse en otras formas prácticas de demostración como: trepada al alambrado

olímpico, sorteando las púas aunque éstas lastimen la carne, o en el consumo de drogas prohibidas o la ingesta de alcohol hasta el desmayo. éstos son claros mensajes de que se tiene “aguante”, son formas explícitas de mostrarse y demostrarse con “aguante”, de ocupar un espacio propio dentro del grupo, un sector vedado para los otros, que no tienen las agallas de correr algún riesgo corporal.

El cuerpo, su concepción y su estética son construcciones que cada grupo o sector social elige para crear su identidad. Movimientos específicos, demostración de torsos desnudos, tatuajes preferentemente caseros y cicatrices cuanto más evidentes al ojo del otro mejor, dan cuenta de un cuerpo socialmente construido con materiales y mano de obra exclusivos de cada colectivo social.

Tal vez estos cuerpos estigmatizados, comprendiendo al estigma como signos corporales que denotan algún tipo de anomalía o rasgos no habituales, contribuyen a una especie de automarginación donde los cuerpos desacreditados socialmente desarrollan hacia adentro, una forma de resistencia y una construcción de una identidad que los contenga y los haga pertenecer.

Otra de las marcas que estos sujetos utilizan para delimitar y delimitarse en lo que a su identidad respecta es el tema de la exacerbación de lo masculino en franca oposición a otros modelos de masculinidad. Aquí el análisis y comprensión de prácticas al respecto de la masculinidad reafirma con total exactitud al análisis desarrollado por Archetti, todas las prácticas están vinculadas con la fuerza del macho, con la bravura muchas veces dialéctica y fundamentalmente con el ser el penetrador, el que somete a las más bajas humillaciones a los otros, a los no machos, a los putos. Pero el significado de la expresión puto, posee un significado diferente al que está por fuera del mundo de la “hinchada”.

Muchos cánticos hacen saber al otro de su condición inferior, el ser gozado, penetrado o en términos específicamente nativos, cogido, resaltan una superioridad machista sobre la humillación de ser afeminado, puto, no macho, pero por no aguantar, por correr. El “aguante” se demuestra yendo al frente, poniendo el cuerpo y esto es resistiendo los más feroces y desiguales “combates” contra otras “hinchadas” y especialmente con la policía.

El “aguante” sin duda toma un papel preponderante y diría determinante en el proceso de construcción de identidad. El “aguante” engloba el sentido más amplio de las prácticas simbólicas y materiales que desarrollan los miembros de la veintidós. El “aguante” es como la piedra fundacional de la construcción identitaria de este colectivo social, porque el “aguante” significa ser machos, ser bravos, soportar en el cuerpo lesiones, marcas, inscripciones que estigmatizan (tatuajes tumberos).

Entonces el título de esta tesis “El “aguante” en el cuerpo” intenta sintetizar en una frase el análisis de la construcción de identidad de la “hinchada”, objeto de estudio de este trabajo.

Bibliografía

Alabarces, P., Coelho R., et al. (2000): “‘Aguante’ y represión: Fútbol, violencia y política en la Argentina”, en Alabarces, P. (comp.) *Peligro de gol: estudios sobre deporte y sociedad en América Latina*, Buenos Aires: CLACSO-ASDI.

Alabarces, P. (2004): *Crónicas del aguante. Fútbol, violencia y política*, Buenos Aires: Capital Intelectual.

Archetti, E. (1985): “Fútbol y ethos” en *Monografías e informes de investigación*, Buenos Aires: FLACSO-Series de investigación.

Archetti, E. (1992): “Calcio: un rituale di violenza?”, en Lanfranchi, Pierre (editor) *Il calcio e il suo pubblico*, Nápoles: Edizione Scientifiche Italiane

Archetti, E. (1995): “Estilo y virtudes masculinas en El Gráfico: la creación del imaginario del fútbol argentino”, en *Desarrollo económico*, Vol. 35, N° 139, Buenos Aires, Ides, octubre-diciembre.

Archetti, E. (2003): *Masculinidades. Fútbol, tango y polo en la Argentina*, Buenos Aires: Antropofagia.

Armstrong, G (1999): *Football Hooligans*, New York: Berg.

Boltanski, L. (1975): *Los usos sociales del cuerpo*, Buenos Aires: Ediciones Periferia.

Bourdieu, P. (1993): “Los ritos como actos de institución”, en Pitt-Rivers, J. y Peristiany, J.G. (eds.): *Honor y Gracia*, Madrid: Alianza Universidad.

Bourdieu, P. (1994): “Deporte y clase social” en AA.VV: *Materiales de sociología del deporte*, Madrid: Ediciones de la Piqueta.

Briones, C (1996): “Culturas, identidades y fronteras: una mirada desde las producciones del cuarto mundo”, en *Revista de Ciencias Sociales*, N°5, Universidad Nacional de Quilmes.

Crisorio, R (1998): “*Constructivismo, cuerpo y lenguaje*”. *Revista Educación Física y Ciencia*. Buenos Aires.

Dunning, E. (1994): “Reflexiones sociológicas sobre el deporte, la violencia y la civilización”, en AA.VV. *Materiales de sociología del deporte*, Madrid: Genealogía del poder/23- Ediciones de la Piqueta.

Elbaum, J. (1998): “Apuntes para el ‘aguante’”. La construcción simbólica del cuerpo popular” en Alabarces, P; Di Giano, R; Fridenberg, J. (comp.): *Deporte y Sociedad*, Buenos Aires: Editorial Universitaria de Buenos Aires (Eudeba).

Garriga Zucal, J. (2001). *El aguante: Prácticas Violentas e identidades de Género Masculino en un grupo de simpatizantes del fútbol Argentino*. Tesis de Licenciatura en Antropología Social, Universidad de Buenos Aires, Facultad de Filosofía y Letras, mimeo.

Garriga Zucal, J. (2005): “‘Soy macho porque me la aguanto’. Etnografías de las prácticas violentas y la conformación de las identidades de género masculinas” en Alabarces, P. et al (comp.): *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo.

Garriga Zucal, J. (2006): “Acá es así. Hinchadas de fútbol, violencia y territorios”, en *Avá, Revista de Antropología*, número 9, Universidad Nacional de Misiones, Posadas, Argentina.

Garriga Zucal, J. y Moreira, V. (2004) “Barrios y espacios urbanos: apropiación territorial y significación para las hinchadas de fútbol” en *Revista de Historia Bonaerense*. Año XI, N° 27, diciembre de 2004.

Garriga Zucal, J. y Moreira, V. (2006): “El aguante. Hinchadas de fútbol entre la pasión y la violencia”, en Míguez, D. y Semán, P. (eds): *Entre santos, cumbias y piquetes. Las culturas populares en la Argentina reciente*, Buenos Aires: Editorial Biblos.

Gil, G. (1999): “El cuerpo popular en los rituales deportivos” en AA. VV: *Pensar lo cotidiano*, Quito: abya-Yala

Gil, G. (2002): *Fútbol e identidades locales. Dilemas de fundación y conflictos latentes de una ciudad “feliz”*, Buenos Aires: Miño y Davila.

Hobsbawm, E. (1996) "La política de identidad la izquierda". En *Revista Nexos* (septiembre 1996) [versión electrónica] Lima

Le Breton, D. (1995): *Antropología del Cuerpo y Modernidad*, Buenos Aires: Nueva Visión.

Míguez, Daniel. 2002. “Inscripta en la Piel y en el Alma: Cuerpo e Identidad en Profesionales, Pentecostales y Jóvenes Delincuentes”, en. *Religiao e Sociedade*, 22 (1): 21-57.

Moreira, V. (2005): “Trofeos de guerra y hombres de honor” en Alabarces, P. et al 0(comp.): *Hinchadas*, Buenos Aires: Prometeo.

Moscovici, S. (1979) “El psicoanálisis, su imagen y su público”. Huemul S.A. Buenos Aires

Reisfeld, S. (2004): *Tatuajes. Una mirada psicoanalítica*. Paidós Diagonales. Buenos Aires

Wacquant, L. (2004): *Entre las cuerdas. Cuadernos de un aprendiz de boxeador*. Madrid: Alianza editorial.